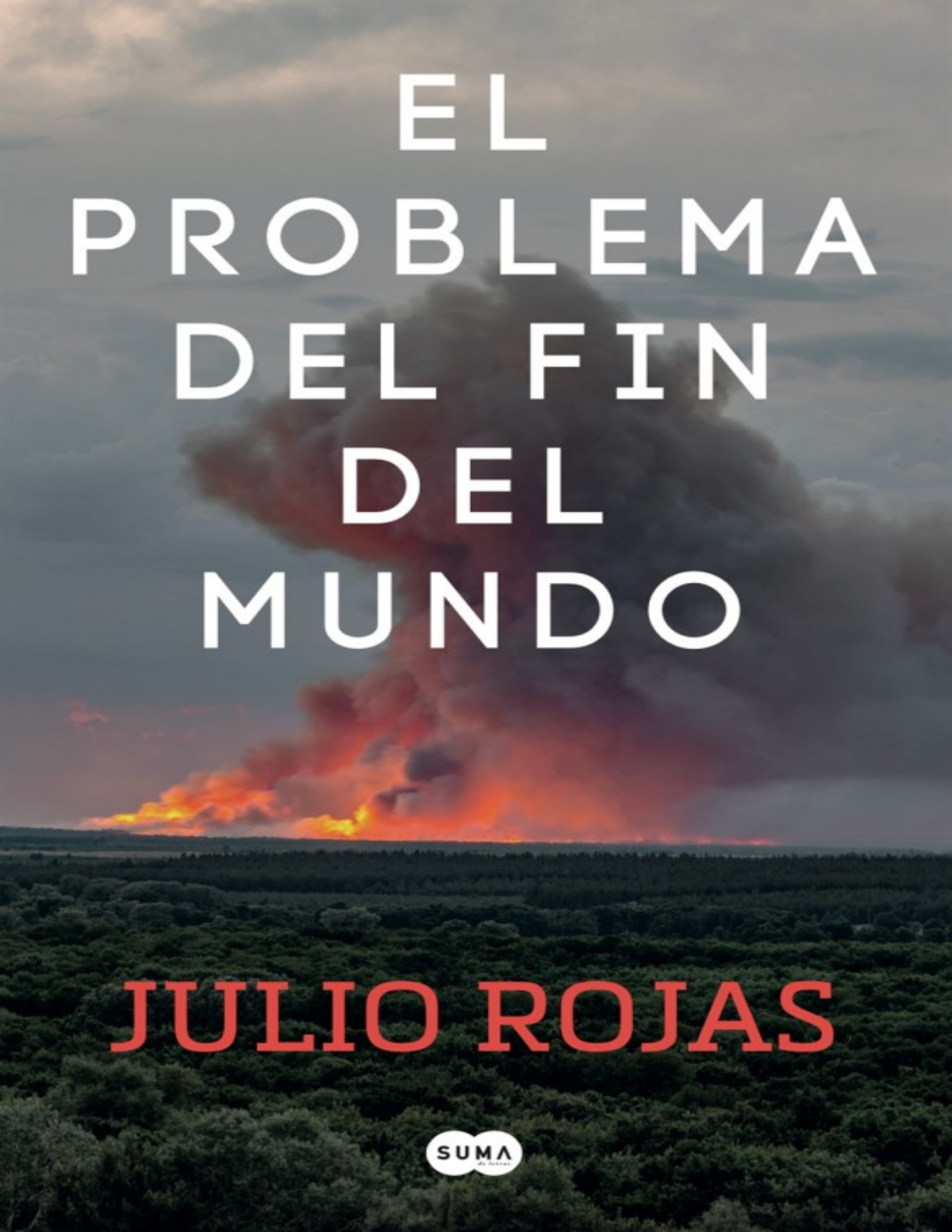

EL
PROBLEMA
DEL FIN
DEL
MUNDO
JULIO ROJAS
SUMA

«Parece que los acontecimientos son más vastos que el momento en el que ocurren y en el que no caben enteros.»

MARCEL PROUST

«Todas las cosas se disuelven en fuego.»

EMPÉDOCLES DE AGRIGENTO
(490-430 a.C.)

I

REPORTE DESDE UN HOTEL

EN EL FIN DEL MUNDO

El 18 de mayo de 1910, mi abuelo Ernesto, un químico de una compañía minera en el norte de Chile, se presentó un día frente a mi abuela Sara con instrumentos ópticos y una brújula. Declaró que veríamos el fin del mundo, debido al paso del cometa Halley, y que él quería registrar ese momento magnífico y aterrador cuando el cometa diera la vuelta y su cola inflamara la atmósfera. En un acto de amor a la ciencia (o de suprema cobardía), se despidió de mi abuela y de mi padre. Se fue de Gatico, un pueblo costero, arrasado después por un maremoto (otro fin del mundo), y se perdió en la cordillera de los Andes. Nunca más supimos de él.

El fin del mundo me ha intrigado desde niño. La madre de mi mejor amigo me regaló, a los doce años, un ejemplar de *El retorno de los brujos*, de Jacques Bergier y Louis Pauwels. En él no solo leí por primera vez *El Aleph* de Borges, porque incluía el cuento completo en un capítulo, sino que comprendí que quizás no éramos los primeros ni seríamos los últimos en experimentar el fin de la historia. El «realismo fantástico», la manera de Bergier de entender el entretejido de misterios que solemos llamar realidad, daba cuenta de la posibilidad de civilizaciones desaparecidas y que la tecnología, la ciencia o la magia, esos sinónimos, y toda la maravilla de lo nuevo ya ha ocurrido antes y volverá a ocurrir. Vivimos en un mundo cíclico y este mundo imposible puede acabar en cualquier momento.

He recopilado unos relatos sobre el problema del fin del mundo. El primero es un ofrecimiento que le hicieron a la escritora y joyera Ana

Marín en Madrid, y he transcrito las conversaciones casi sin hacer intervenciones ni comentarios, para conservar la progresión de esa extraña noche. No sé si lo he logrado. El segundo le ocurrió a Ximena Molina, mi gran amiga epidemióloga, hace justo un mes, y espero que no tengamos novedades sobre el asunto, aunque ella ha renunciado a su trabajo y ahora se encuentra en algún lugar cerca de acá en la Patagonia (nos veremos el jueves). El tercero es el más personal y es una breve investigación sobre la figura de Casandra Linden en la Patagonia y los últimos días antes de su desaparición. Me refiero a la persona real en la que me basé para la audioserie *Cisne rojo*, que resulta, como siempre, más literaria e interesante que la ficticia. Agradezco a mi amiga Sandra Gysling, que me ha permitido ocupar su hotel cerrado en baja temporada en Puerto Natales, para investigar y escribir este libro y sobre los eventos de Seno Obstrucción y lo que en verdad ocurrió.

En un mundo ahogado por un tsunami artificial desde el año 2022, puedo asegurar que al menos las tres historias son reales. Me refiero a que no las he inventado. El lector podrá notar ciertas simetrías. Todas han ocurrido hace menos de tres meses. Todas las protagonistas son mujeres. Todas han debido tomar una decisión irreversible. Y todas han sido sometidas al problema del fin del mundo. Debo apurarme, porque si alguna de sus teorías es cierta este libro nunca llegará a la imprenta. Espero que eso no ocurra. Aunque, en lo más íntimo, a veces me asalta un extraño placer en poder ser testigo de que todo acabe o termine de acabar, de una vez por todas.

ARCA

—Cómo te gusta esto —menciona la mujer mayor, rompiendo el silencio.

—No lo desconcentres —interviene el hombre joven, de camisa y chaqueta.

El restaurante de pocas mesas está lleno, con un bullicio de conversaciones que apenas permite percibir la música de jazz que suena de fondo. A pesar de su simpleza, es un restaurante de lujo, con una decoración sobria y una cocina abierta. «Nostalgia por lo simple», ese nuevo concepto donde el lujo se viste de simplicidad, hasta que llega la cuenta.

En una mesa se encuentran sentados cuatro comensales. Una mujer de unos treinta y cinco años, de sonrisa fácil y pelo largo, rojo y suelto (mi amiga Ana), mira con atención a un hombre mayor, atractivo, de aspecto relajado y un físico que evidencia un pasado atlético y deportista. Bernardo, ya en los sesenta, viste informal, pero su actitud y quizás un Jaeger-LeCoultre Polaris del 68 en su muñeca hablan de un hombre que tiene o mucho dinero o mucho poder, o ambas cosas. A su derecha está Julia, su mujer, también mayor, de pelo corto y cano, cuya postura armónica evidencia sus años de yoga y dietas saludables. Al lado de Ana está Simón, de camisa y chaqueta. También está dejando los treinta, aunque se ve mayor, quizás más formal de lo necesario para una ocasión tan relajada.

Todos están muy pendientes de Bernardo, quien tiene frente a él una bandeja con cuatro copas de vino y una medida de vino en cada una. Un par de mozos y un grupo de comensales, de pie, observan expectantes. Bajo cada copa hay una tarjeta.

El hombre mayor ha probado la primera copa y saborea el vino. Todos están en silencio, atentos a su veredicto.

—Vega Sicilia, reserva especial 2022 —dice, mirando su copa.

Un mozo saca una tarjeta y la lee en voz alta:

—Vega Sicilia. Correcto.

Todos aplauden, mientras el hombre mayor bromea:

—Me deberías hacer un descuento por esto.

El mozo ríe y pregunta si están listos para la segunda copa. Bernardo la toma, saborea el vino y comenta que está más difícil aventurar un origen y una añada. Mira a la mujer mayor, quien alegre evita el contacto visual y mantiene su mirada en los otros comensales. Por fin da su respuesta definitiva. El mozo saca la tarjeta correspondiente y confirma que ha acertado otra vez. Se genera una nueva ronda de aplausos. El proceso se repite con la tercera y la cuarta copa. Cada acierto del hombre mayor provoca más asombro y ovaciones de los presentes.

—Por favor, confiesen, ustedes se pusieron de acuerdo —dice el hombre de camisa y chaqueta, medio en broma.

—¿Cuántos años que nos conocemos y me pones en duda? —responde Bernardo, alegre.

El mozo anuncia que las copas van por cuenta de la casa y llega otro, con una botella para servirles vino a todos. Agradecen la gentileza y Simón, el hombre de camisa y chaqueta, insiste en que le cuente el truco.

—Es simple, le pago al mozo —bromea Bernardo.

—No. Cuenta la verdad —pide Ana, la mujer joven.

—Uso IA.

Ella ríe, incrédula. El hombre de camisa y chaqueta saca su celular y comenta entre risas que se está mandando un mensaje para no olvidarse del vino. La mujer mayor cuenta que Bernardo le graba todos los días mensajes de voz con cosas que se le ocurren y para no olvidarse.

—Hazte un grupo contigo mismo, entonces —sugiere la mujer joven.

—¿Se puede?

—Claro que sí. Yo tengo cuatro: cosas que hacer, ideas, pensamientos y películas y series que ver. ¿Sabías que hay programas que ordenan tus ideas y hacen una especie de cerebro externo? —continúa Ana.

—No le des ideas —interviene la mujer mayor.

Simón suelta la noticia. Sus ojos escrutan las reacciones de los demás:

—Sé que venden la casa en la playa.

Julia asiente, su rostro es una máscara de serenidad forzada. Sus dedos juguetean nerviosos con el borde de la servilleta.

—Sí... Bueno, y también la casa en Pozuelo —añade. Su voz es apenas un susurro.

—¿Está todo bien? —pregunta Ana.

Bernardo, antes de responder, bebe de su copa.

—Sí, es que... —Hace una pausa—. Estamos planeando un viaje.

Julia se adelanta con la velocidad de alguien acostumbrado a evadir temas incómodos.

—¿Y cómo están las cosas en el hospital?

Simón suspira.

—Ya sabes. No hay recursos. Peleando con la administración. ¿A dónde se irán de viaje?

—Ya te contaremos. Pero dime: ¿están muy complicadas las cosas? —insiste Julia.

—Como siempre... —comienza a decir Simón. Luego, con un brillo de entusiasmo en sus ojos cansados—: Ahora estoy operando de modo remoto con un brazo robótico.

—¿De verdad? —pregunta Julia, sorprendida.

—Sí. Cambia todo. Son muy precisos —indica Simón.

—Yo soy de la vieja escuela —interrumpe Julia, su tono está teñido de desconfianza—. Quiero que me opere alguien de carne y hueso.

—Julia les tiene terror a los robots —aclara Bernardo.

—Mira, a mí déjenme con un humano. Aunque haya tenido problemas familiares o ande con resaca... O quiera ocultar que tiene párkinson —completa Julia.

—Es el nuevo mundo —murmura Simón, su tono es una mezcla de fascinación y resignación.

Ana añade, con voz cargada de amargura:

—Que no me gusta nada.

—Yo creo que nos acostumbramos a un discurso pesimista del futuro —reflexiona Simón.

—Pesimista con razón —rebate Ana, su voz tiembla un poco—. Me aterra que con la IA se puede hacer de todo. Revivieron a Darwin para un congreso y respondió preguntas actuales. O sea, una IA de Darwin. Eso para educación puede ser. Pero, si traen a la vida a

Newton o a Darwin, ¿qué impide que traigan a Hitler o a Stalin? ¿O a Mao o a Nixon?

La conversación se llena de una tensión sutil.

—Hay algo tranquilizador en la muerte —dice Julia—. Uno sabe que hay un final y que, aunque queden seguidores o fanáticos, frente a la muerte del líder se termina un ciclo. Y es sano que sea así. Pero esta especie de inmortalidad digital... Vi un documental sobre una millonaria que descargó la conciencia de su pareja y la tiene en su móvil —agrega Julia, después de beber de su copa.

—¿No es ilegal eso? —pregunta Ana.

—No está regulado —responde Bernardo.

—A veces me ha pasado, porque lo he visto, que un paciente moribundo me dice: «Si solo le pudiera ver a mi hija cuando cumpla doce o catorce, o cuando esté a punto de casarse o de divorciarse. Darle consejos, o decirle que la quiero». Es válido. Creo que los tranquilizaría saber que pueden darle confort a la gente que dejan —reflexiona Simón.

—Lo encuentro egoísta. Es como querer ser inmortal. Es sano morir y que te recuerden y te olviden —opina Julia.

—Yo tengo la voz de mi padre desde la clínica, de donde me mandó un mensaje de audio. Sabía que se estaba muriendo y me dijo unas palabras muy de él. Tenía mucho sentido del humor. Me dio unos consejos y quedó ahí grabado —relata Simón.

—¿Y qué te dijo? —quiere saber Julia.

—En resumen, que fuera feliz, que pensara más en mí. Y un par de cosas prácticas sobre las ventajas del whisky y que no me preocupara de lo que no podía controlar —contesta Simón.

—A veces, Simón escucha esos mensajes —menciona Ana, mirando a Bernardo y Julia—. Su padre no está ahí, pero su voz... —se vuelve hacia Simón—. Yo creo que te hace bien, ¿no?

Ana mira a Simón con complicidad:

—Quizás no sea tan mala idea.

—Voy por el derecho al olvido —sentencia Julia.

Se produce un breve silencio.

—A mí me gustaría tener un clon digital *post mortem*. ¿Así se llaman? El problema son las personas a mi alrededor: «Oh no, ahí está de nuevo Bernardo. ¿Cuándo se va a morir de nuevo este viejo de mierda?» —bromea Bernardo.

—Conozco a un par de tus exdirectores a los que eso los volvería locos —dice Julia.

Todos ríen.

—En el futuro, entonces, aparte de tener que decir si eres donante o no, en tu identificación habrá que especificar si permites que te hagan una «conciencia clonada» y analicen tus correos y mensajes. Porque eso hacen, ¿no? ¿Cómo te «capturan»? —plantea Simón.

—Con solo unos minutos leyendo un texto, la IA detecta tu voz y luego construye un avatar con los datos de las fotos de la galería de tu celular. Después escanea tus mensajes, correos y llamadas, y listo. El doctor Simón Rodríguez, en versión digital, muerto hace cinco años, lo llama para agendar una consulta *post mortem* —explica Bernardo.

—No me mates tan rápido, Bernardo, por favor — pide Simón entre risas.

Todos vuelven a reír.

—¿Sabían que están haciendo lo mismo para el porno? —cuenta Ana—. Chicos con problemas, envían a una aplicación la foto de la chica que les gusta y una IA escanea su cuerpo y le pone una voz solo con una foto. Y construye un clon perfecto, hiperrealista, de ella y la tiene «capturada» en una vida digital dentro de un programa de realidad virtual. Secuestrada en el metaverso. Y el chico la usa como su *pornostar* privada. Finge que es su novia y tienen una relación en el metaverso.

—Horrible —opina Julia.

—Es horrible en más sentidos de los que podemos explicar. Es enfermo. Es la alienación máxima del tecnocapitalismo —comienza a decir Ana.

—Pero díganme si no son unos genios los que lo idearon. Cómo vieron el negocio y la necesidad —la interrumpe Bernardo.

—Más psicópatas aún —dice Julia.

—Genios —declara Simón.

—A veces creo que merecemos la extinción —suspira Ana.

Bernardo levanta su copa con vino:

—Entonces hagamos un brindis. Por las mentes más brillantes, que nos llevarán a una necesaria extinción.

Hay risas y todos brindan repitiendo: «Por una necesaria extinción». Bernardo deja su copa en la mesa justo cuando llega un mozo con ostras.

—¡Justo a tiempo! Muchas gracias —lo recibe Bernardo.

El mozo deja las ostras.

—Con su permiso —dice antes de retirarse.

Bernardo toma una ostra mientras Ana pregunta:

—¿Hace cuánto que no nos veíamos? ¿Un año, dos?

—Sí, dos —responde Simón.

—Cómo pasa el tiempo —reflexiona Ana.

—¿Y tú, Ana? ¿Cómo van las joyas? —se interesa Bernardo.

—Ahora estoy mirando una galería nueva donde exponer y al mismo tiempo tener el taller. Quiero volver a lo presencial. Dejar de vender online —explica Ana.

Julia deja su copa en la mesa, con seguridad:

—Claro, una joya no se puede comprar en línea. Necesitas ponértela.

—Mira. Esta es de la nueva colección —dice Ana, mostrando una página en su celular.

—Hermosa —elogia Julia, y toma el celular de Ana para mostrárselo a Bernardo—. ¿Qué te parece?

Bernardo se acerca a la pantalla para ver mejor:

—Hermosa. Eso es.

—Titanio grado implante. Muy biocompatible — explica Ana.

—Hermoso —dice Bernardo.

—¿Y tu hijo, Bernardo? ¿Cómo está? —pregunta Simón.

Bernardo se pone incómodo y Julia lo nota.

—Como siempre —responde escueto Bernardo.

—¿Te conté que Marta está con nosotros ahora, Simón? —cambia de tema Julia.

Ana la mira algo contrariada:

—¿Con ustedes? ¿No era que estaba...?

—En Seúl. Pero renunció —aclara Julia.

—Guau. Pero estaba en una buena clínica. ¿Le ofrecieron otro trabajo? —se sorprende Simón.

Ana mira algo sorprendida también:

—Pensé que se había ido por un par de años. Su novio trabajaba allá, ¿no?

—Sí. Pero ella cambió sus planes —explica Bernardo.

—Terminó con él. Estará un tiempo con nosotros —agrega Julia.

Se produce un silencio incómodo.

—¿Y dónde se van de viaje? —pregunta Simón, para cambiar de tema.

Bernardo y Julia se miran entre sí. Ella asiente y él se acomoda en su silla.

—Bueno, queridos. Simón... Ana... De eso queríamos hablar. Los invitamos aquí, en primer lugar, porque son nuestros amigos —comienza Bernardo.

Simón y Ana asienten alegres. Bernardo mira a Julia.

—No solo amigos, son casi parte de la familia. Aunque no nos vemos hace mucho, para Bernardo son muy cercanos. Simón, tú eres casi un hijo para él —dice Julia.

—Gracias, yo siento lo mismo. Sentimos lo mismo —responde Simón.

—Sí, sí. ¿Pasa algo malo? —pregunta Ana.

Ambos están curiosos.

—Les queremos hacer una invitación. Creo que esa es la frase correcta —explica Bernardo.

—Ah, OK. ¿A dónde los pasajes? —bromea Simón, sonriendo.

Bernardo toma la mano de Julia:

—Bueno. Nosotros hemos tenido una buena vida, hemos sido muy felices.

Julia mira a Bernardo, emocionada.

—Ha sido una vida no exenta de dolores, por supuesto, como todo el mundo, pero una buena vida. Y nos hemos preocupado siempre, hemos sido previsores. Hemos tomado resguardos, pensando siempre en un futuro —continúa él.

Un celular suena y Simón saca su teléfono del bolsillo. Al ver quién llama, se disculpa:

—Lo siento. Es del hospital.

—Tranquilo, adelante —dice Julia.

—Disculpen. Si no fuera importante... —sigue Simón.

—No hay problema —lo tranquiliza Bernardo.

—Es un paciente —explica Simón antes de levantarse y alejarse para atender.

Bernardo, Ana y Julia se quedan en la mesa. Ana se da vuelta para observar a Simón mientras habla por teléfono.

Hay un silencio.

—Qué importante tener un médico cerca, me hace sentir segura. Me pasó al tener de vuelta a Marta en la casa —comenta Julia.

Silencio.

—¿Ana?

Ella reacciona y voltea:

—¡Sí! Por supuesto que sí. Tengo curiosidad por la invitación que nos van a hacer.

Julia la mira extrañada:

—Bueno, sí, pero esperemos a Simón.

Ana parece preocupada y Bernardo lo nota:

—Ana, no te vamos a invitar a un esquema Ponzi. No te preocupes. No es nada de eso.

—Ja, ja. No tendría nada de malo —dice ella, nerviosa.

—Pues bienvenida, entonces —bromea él.

—Corrijo: sería horrible. Tendría todo de malo, pero a ustedes se los perdonaríamos —sigue Ana.

Los tres ríen.

—No, no es nada de eso. Ni eso, ni que estamos en un culto, ni nada —aclara Julia.

Ana mira de reojo, por si vuelve Simón. Julia lo nota.

—¿Simón tenía algún problema en el hospital? —pregunta ella.

Ana se vuelve hacia la mesa:

—Sí, un paciente que... Bueno, el hospital ha tenido muchas complicaciones y...

—Ahí viene —anuncia Bernardo, observando a Simón.

Se produce un silencio mientras todos esperan a que Simón vuelva a la mesa.

—Perdón. Un paciente se descompensó, pero está todo bien —explica al sentarse.

—¿Debes volver? —pregunta Ana.

—Sí, debo volver, pero en el turno de noche a ajustar una dosis. Todo está bien —responde Simón antes de dirigirse a ella—. Solo un par de minutos. Me puedes esperar en el estacionamiento. Subo, dejo firmada la receta y bajo.

—Sí, sí —asiente Ana.

Simón dirige su mirada a Bernardo y Julia:

—Me quedé en que hablaban de una invitación. Estoy ansioso.

—No es un Ponzi —bromea Ana, sonriente.

—Jajaja. ¡Qué bueno! Gran alivio —ríe Simón, pero su risa se apaga al ver que nadie más ríe.

Bernardo se pone serio y se acomoda en su asiento:

—A ver, ¿por dónde comienzo? Pasa que tenemos la suerte de tener redes, gente que fuimos conociendo por diversos motivos, gente de aquí y de allá... —empieza a explicar.

—Algunos ingenieros y expertos en informática que alguna vez trabajaron para Bernardo; matemáticos que piensan fuera de la caja; analistas, gente de la academia —agrega Julia.

—Expertos que pueden leer el estado de las cosas. Nosotros, ya nos conocen, somos previsores con respecto al futuro —continúa Bernardo.

—Soy testigo de eso. Tus compañías siempre se están adelantando —señala Simón alegre, al contrario de los demás.

—No es una novedad para nadie el mencionar que está todo muy inestable. El cambio climático, la pandemia, la guerra, las IA que están cambiándolo todo —prosigue Bernardo.

—Súmales la crisis de las democracias, las *fake news*... —añade Julia.

—Está todo muy incierto —sentencia él.

Ana mira algo confusa.

—Simón, tú trabajas con la incertidumbre, pero también con pronósticos. Puedes predecir si un paciente va a vivir o no. Sé que es un ejemplo cruel, pero sabes si un paciente ya debe irse a la casa o cuál debe luchar —le dice Bernardo.

—Por supuesto —indica Simón.

—Bueno, yendo al punto, tenemos información. Lo que les vamos a decir es muy delicado. Es un diagnóstico.

—¿Un diagnóstico? —se extraña Simón.

—Sobre la situación actual mundial. Es un diagnóstico. Tú sabes de eso. Y sabes que los diagnósticos son irresponsables, si no vienen

con un plan de tratamiento asociado. ¿Estás de acuerdo? Diagnóstico-pronóstico-plan de tratamiento, ¿no es así? —sigue Bernardo.

—Por supuesto —asiente Simón extrañado, intentando dilucidar hacia dónde va la conversación.

—Este diagnóstico está hecho por un grupo. Son analistas serios, universidades, gente de compañías tecnológicas. En fin, lo que se viene. Y lo que viene...

Se produce un silencio.

—...No es bueno —declara al fin Bernardo.

Silencio.

—¿No es bueno? —pregunta Ana.

—Se aproxima un colapso —responde Bernardo.

Cuatro palabras rotundas, sin una pizca de duda, que quedan flotando, mientras Simón y Ana intentan traducir eso a algo más comprensible.

Silencio.

—¿Un colapso político? —inquiere ella.

—¿Es por la guerra? Qué terrible —señala Simón.

—No —niega Julia.

—¿Es por los bancos que están quebrando? Dicen que es para poner una moneda digital. Al final siempre los rescatan y los únicos que pierden dinero somos la gente normal —sigue Ana.

—No tiene que ver con eso —la interrumpe Bernardo.

—Si es sobre el tema del agua, leí que en menos de treinta años va a ser terrible. Nosotros también hemos hablado del tema en serio, para ver cómo prepararnos. Quizás comprarnos un terreno en el sur de Chile o en Argentina... —continúa Ana.

Bernardo retoma la palabra:

—No hablo ni del agua, ni de la guerra, ni del cambio climático, ni de algo que va a ocurrir en treinta años más. Ni en ocho ni en cuatro años. Hablo de un colapso inminente.

Simón cambia de expresión.

—Bernardo, ¿qué quieres decir? —pregunta Ana.

Silencio.

Julia bebe vino.

—Con este grupo hemos estado monitoreando cómo se han deteriorado ciertos indicadores clave. Hablo de las señales geopolíticas, económicas, sociales, tecnológicas. Esas señales, lamentablemente, son claras. Existe la posibilidad, una posibilidad alta, de que suceda un evento relacionado con la Inteligencia Artificial, que podría generar un escenario catastrófico —explica Bernardo con seriedad implacable—. Desde el próximo viernes, cuando salga a disposición de todos el nuevo modelo de IA general, habrá una altísima posibilidad de que se produzca esa situación. Desde ahí, la probabilidad aumentará cada día y es irreversible. Me encantaría que fuese una broma, Ana, Simón, pero no lo es. Esta conversación es todo menos una broma. Vendimos todo, renuncié a mis directorios, le avisamos a Marta. No estamos jugando.

Silencio.

Ana y Simón de pronto comienzan a reír. Ana incluso debe recogerse con cuidado las lágrimas hasta que parecen calmarse. Pero ocurre algo. Bernardo y Julia no ríen. Se mantienen serios. Eso los perturba. De a poco, ambos comprenden que Bernardo y Julia creen en lo que dicen.

—Sé que es difícil de aceptar. Mira a tu alrededor. Todo el mundo vive su vida. Los celulares funcionan, la gente pasea sus perros, viene a cenar, se emborracha —menciona Bernardo, señalando todo su entorno con las manos—. El cómo esto, esto que se ve tan sólido, puede derrumbarse. Esa es la trampa, creen que es imposible. Pero ha ocurrido antes. Y ocurrirá de nuevo. En días.

Silencio.

—Dime, Bernardo, que esto es una broma, por favor. En serio —pide Ana.

Silencio.

—Es como tu anécdota del vino. ¿Estás haciendo algo así con nosotros? —pregunta Simón, serio.

—No es chistoso, Julia —dice Ana.

—Bernardo no miente. Ojalá fuera una broma —responde Julia.

Silencio. Bernardo mira a Julia y luego de vuelta a Simón.

—Eso que, según tú, ocurrirá. ¿De qué estamos hablando en concreto? —Simón apenas puede hablar.

—Un holocausto nuclear producto de un efecto dominó. Millones de petabits de contenido falso generado por IA generarán escenarios, noticias y reportes falsos. Luego habrá saqueos, caída de internet, la paranoia del enemigo. Y alguien va a oprimir el botón rojo. Hay que salir de Europa antes de que eso suceda —explica Bernardo en voz baja.

Silencio.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —cuestiona Simón, nervioso.

Ana toma la mano de Simón.

Simón se apoya en el respaldo de su silla y mira a Ana.

—Estoy un poco mareado —confiesa.

—Toma un poco de agua —dice Bernardo.

Simón se sirve agua de una jarra.

—Si te sirve de algo, cuando supimos yo lloré varios días. Sentí rabia, entré en negación. En un momento le dije a Bernardo que no nos fuéramos y eso que esperábamos la noticia, porque era un plan meditado. Pero cuando se hace verdad, cuando de verdad te dicen que hay que irse... —relata Julia.

—¿Irse? —la interrumpe Ana.

—Lo que quiero decirte, Ana, es que no será fácil, como tampoco lo ha sido decírselos. Quizás no fuimos cuidadosos. Pero ¿de qué otra manera dices algo así?

—¿Decir qué, Julia? —pregunta Ana, descolocada.

Simón bebe agua.

—Nadie puede predecir el futuro. Ni siquiera el mejor analista... —empieza a decir, pero Bernardo lo interrumpe.

—Mis analistas se fueron de Europa la semana pasada, Simón. Porque saben que el mundo como lo conocemos se va a acabar, lo queramos creer o no. Y se va a acabar al final de la próxima semana con sobre un ochenta por ciento de certeza.

—La idea es irnos, y queremos que ustedes hagan lo mismo. Que salgan con nosotros —explica Julia.

—¿Irse? ¿Salir? —Ana mira a Simón, perpleja.

Él le devuelve la mirada, tratando de asimilar lo que está escuchando:

—¿Salir? ¿A dónde? —pregunta.

Bernardo se acomoda en su asiento y mira a Julia, dándole a entender que ella continúe.

—A un lugar seguro —comienza a decir ella.

—¿Dónde? —la interrumpe Ana.

—Hace un tiempo con Julia comprendimos que debíamos tomar resguardos, y nos dimos cuenta de que otros también pensaban como nosotros. Que, frente a una eventualidad, si todo se volvía peligroso, hubiera un plan —explica Bernardo.

—Un lugar donde llegar. Un lugar seguro —agrega Julia.

—¿Un búnker? —sugiere Simón.

—Un sistema de búnkeres, con todas las comodidades, servicios y, obvio, con elementos de protección biológica: comida, sistemas médicos, etcétera. Podremos estar ahí tranquilos, con la posibilidad de sobrevivir al menos por una generación. Ha sido bien pensado para que nadie se preocupe por nada. Es una invitación. No tendrán que pagar nada —aclara Bernardo.

Ana observa, atónita.

—Es una broma —insiste Simón.

Nadie responde.

—Julia, ¿es una broma? —vuelve a preguntar.

Julia lo mira sin responder y toma su vino.

Bernardo mira a Ana y a Simón con una expresión seria.

—Tenemos dos cupos. Para ustedes dos. Entenderán que conseguir esos cupos no fue fácil. Nos conocemos de años, nos une un vínculo... —comienza a decir antes de que Julia lo interrumpa.

—Siempre lo hemos hablado con Bernardo. No tuvimos mucha suerte con nuestros hijos y ustedes hubieran sido algo así como el modelo de personas que hubiéramos querido. Por eso, después de pensarlo mucho, anoche decidimos que eran ustedes.

Ambos miran hacia un costado de Ana. Omar, junto a otro mozo, está con los platos listos, observando todo.

Se produce un silencio antes de que Omar comience a servir los platos.

—Bueno, señora Julia, viene con la alcachofa apenas gratinada, como le gusta —menciona mientras le sirve.

—Gracias, Omar —responde ella.

—Para la señorita —continúa Omar.

Simón le da un toque con su mano a Ana, haciéndola reaccionar.

—Muchas gracias —dice ella cuando Omar deja el plato en su puesto.

Ana está incómoda y Simón evita el contacto visual con Julia.

—Para el caballero —anuncia Omar, sirviéndole a Simón, quien se ha echado hacia atrás en su asiento.

—Gracias —murmura él.

Por último, Omar le sirve el plato a Bernardo. El ambiente está muy tenso.

—Que disfruten su comida —desea Omar antes de retirarse con el otro mozo.

Bernardo mira su plato sin tocarlo, mientras Julia intenta parecer comprensiva al mirar a Ana y Simón.

Ana está perpleja frente a su comida.

—¿Dices que de aquí al viernes? ¿El próximo viernes? —pregunta Simón, incrédulo.

—Chicos, podemos jugar este juego, que me creen y no me creen y dudan. Pero no hay un «era una broma» al final de esta comida. Solo hay una decisión —sentencia Bernardo.

Silencio.

—Y aquí viene lo complicado: la decisión. No podemos esperarlos. Vamos a necesitar saber si aceptan o no esta noche —agrega Julia.

Ana también se apoya en el respaldo de su silla. Simón y ella se miran.

—Necesito... Necesitamos asimilar todo esto —pide.

Julia asiente:

—Por supuesto que sí.

—Creo que necesito tomar un poco de aire —dice Simón.

—Adelante, Simón. Tranquilo, que aquí estaremos —lo anima Bernardo.

Simón mira a Ana y se para. Ella se levanta y lo sigue.

La pareja camina por el pasillo del restaurante, rodeada de comensales, mozos, platos, conversaciones y risas. Llegan a un patio interior con algunas mesas altas, ceniceros y personas conversando y fumando. Simón se dirige a una esquina y se sienta en una silla. Ana no toma asiento, sino que se queda de pie, mirándolo, preocupada.

—Esto es una locura, ¿no? —pregunta ella.

Simón parece absorto en sus pensamientos.

—Esto es una locura. Es horrible. Una pésima broma —insiste Ana.

Silencio. Ella lo mira:

—¿Les crees?

Simón se queda pensativo.

—¿Simón?

—No lo sé —responde.

Silencio. Ana se lleva las manos a la cabeza.

—¡Uf! —exclama.

Simón levanta la cabeza y ambos miran hacia adelante. Se quedan unos segundos en silencio.

Él saca su celular.

—¿Qué haces? —quiere saber ella.

—Googleo.

—¿Qué cosa?

—Noticias... *FOOM*, AFO, siglas, una IA que se volverá loca. Algo que diga que el puto mundo se va a ir al carajo —explica Simón.

—Deja eso —le pide Ana.

Él guarda el celular.

—Escucha. ¿Y si es una de esas cosas de millonarios y nos quieren invitar a las Maldivas? —sugiere ella.

—¿Dices que es una invitación? —le contesta él.

—Temática: fin del mundo. Él hizo eso cuando nos conocimos, ¿recuerdas? Invitación a Lanzarote y lo mismo. Juegos, *performance*. Le encanta. Ahora nos lleva allá con roles. Gente haciendo el pan. Gente pescando su propia comida. No vamos a ir. Esta vez se pasó de la raya —dice Ana, mirando a Simón, como si estuviese conteniendo la risa.

—¿Qué?

Ella comienza a reír.

—Es todo tan absurdo. Mira —dice ella, señalando su mano temblorosa—. Estoy temblando.

Ambos se quedan en silencio. Simón suspira y la mira:

—Qué hijo de puta...

—¡Dios! Bernardo está cada día más loco. Te das cuenta, ¿no? Así son. Pierden el sentido de la realidad —comenta Ana.

—Sí, puede ser —concede él.

Se quedan pensando en silencio. Simón se ha puesto serio.

—¿Simón...? —dice Ana.

—Él no es así. Puede ser egocéntrico y hacer esos cumpleaños insoportables, pero en la vida real es el hombre más sensato del mundo. Y Julia. Julia es del todo pragmática —explica Simón.

—Entonces ¿le crees? —pregunta ella.

Silencio.

—¡Le crees! —afirma Ana.

—Es que... es Bernardo. No es un tipo en la calle con una campana, gritando que viene el fin del mundo —argumenta Simón.

Ana comienza a reír y él la mira.

—De verdad les crees —afirma Ana.

—¡No sé! —contesta él.

—Me asustas.

—Volvamos y escuchemos —propone Simón.

Silencio.

—Quiero ver hasta dónde puede llegar con su puta invitación —agrega Simón, poniéndose de pie.

Ana no se mueve.

—Ana, entonces ¿qué hacemos? ¿Nos vamos? ¿Te quedarás con la curiosidad de ver hasta dónde llega?

Ana asiente, resignada.

Tomados de la mano, salen del patio. Una vez cruzada la puerta se sueltan, pero continúan caminando juntos hasta llegar a la mesa, donde Bernardo y Julia comen de sus platos.

Se sientan.

—¿Están bien? —pregunta Bernardo.

—Creo que necesito más vino —responde Ana.

Él pone sus manos sobre la mesa de manera enérgica.

—Toda la razón —coincide antes de comenzar a buscar a un mozo con la mirada.

Mientras tanto, Simón, que tiene la mano de Ana encima de la suya, la eleva para besarla.

—Ahí viene uno —anuncia Bernardo cuando un mozo se acerca.

—Y vamos a abrir otra igual a esta —le pide.

—Enseguida —asiente el mozo antes de irse.

—No pregunté si querían otra cepa —comenta Bernardo.

—Tú eres el experto en vinos —bromea Simón, con tono triste.

Bernardo sonríe. Simón y Ana toman sus cubiertos y comienzan a comer también.

—Voy a extrañar esto. El ruido. El ruido caótico de la gente. Cuando estaba haciendo mi curso de historia del arte, esos cursos que nos da por hacer en las crisis de edad adulta, porque compras un convertible o haces cursos de historia... Bueno, yo me iba a estudiar a los cafés. Me relajaba el murmullo de la gente —relata Bernardo.

El mozo vuelve con el vino, destapa la botella y comienza a servir. Todos se quedan en silencio esperando, hasta que termina. Mientras tanto, cruzan miradas entre ellos.

El mozo se retira.

—Simón, Ana. Todo lo que sientan es normal —les dice Bernardo.

—Tu cumpleaños cae el próximo mes. Cumpleaños en el sudeste asiático. Tendré que cambiar mis pacientes —menciona Simón.

Silencio. Bernardo los mira con seriedad:

—No estoy celebrando mi cumpleaños. ¿Qué parte de lo que acabamos de contar no entendiste?

Se produce un silencio incómodo.

—Si no es una de tus excentricidades, Bernardo, ¿qué estamos haciendo en un restaurante? ¿Por qué esta reunión no es en tu casa? ¿Por qué estamos tomando vino y yo tengo un plato delicioso, mientras nos cuentas este cuento de terror donde se supone que todos los que nos rodean van a morir? —cuestiona Ana.

—Todos vamos a morir, eso siempre fue así. Eso no nos detuvo nunca para disfrutar el momento. Es la última vez que comeremos afuera y así lo decidimos con Julia. Celebrar la vida —responde él.

—Tenemos dos cupos para ustedes, y ustedes me conocen. No acepto la mentira y soy mala para las bromas. Todo lo que les ha dicho Bernardo es verdad —afirma Julia.

Bernardo mira hacia un costado. Xavier, el dueño del restaurante, se acerca a la mesa. Bernardo se pone de pie para saludarlo con afecto.

—Por favor, no te pares. ¿Cómo estás, Bernardo? ¿Todo bien? —pregunta Xavier.

—¿Cómo has estado tú, Xavier? —contesta Bernardo.

—Todo bien por acá —responde antes de dirigirse al resto—. ¿Están disfrutando?

—Claro que sí —asegura Bernardo.

—Me alegra verte, Julia —dice Xavier.

—El placer es mío —contesta ella.

—Disculpa que no haya venido antes. Estaba ahí, tú sabes... —comienza a explicar Xavier.

—Por favor, no —lo interrumpe Bernardo.

—Y bueno, cambiamos la carta. Estamos muy contentos —cuenta Xavier a todos, alegre.

—Xavier es el dueño de este maravilloso lugar. Lo conocí en Tailandia cuando hacíamos un curso de gastronomía en el que yo era el incompetente y él un aventajado —explica Bernardo.

—Nada de incompetente, cocinas muy bien —lo halaga Xavier.

—Estoy con mis amigos, Xavier. Simón es médico, experto en fecundidad, y su mujer, Ana. Si Margaret necesita una joya, Ana es la mejor —cuenta Bernardo.

—¡Uf! Mejor que no sepa de Ana, entonces —bromea Xavier.

Ana sonríe.

—Bueno. Encantado de tenerlos aquí —dice él.

—Es un placer. Dile a Silvio que mi plato estaba perfecto, como siempre —pide Bernardo.

—En tu nombre, querido.

Silencio. Todos se miran unos segundos, aceptando la situación.

—Ahora, si me disculpan —se excusa Xavier.

—Adelante. Gracias, Xavier —se despide Bernardo.

Xavier asiente y se retira.

Todos quedan en silencio. Bernardo comienza a comer. Simón mira a Ana y luego hacia los demás.

—¿Entonces? —pregunta Bernardo.

Silencio. Simón bebe de su vino:

—El búnker —menciona.

Bernardo mira a Julia.

—Preferimos llamarlo «condominio de supervivencia» —aclara ella.

—¿Cuánta gente irá a esos refugios... búnkeres? —quiere saber Ana.

—Mil quinientas personas de todo el mundo, al menos en esta iniciativa. No tengo información sobre los otros proyectos, pero hay más como nosotros. Muchos ya se han ido. Entre hoy y el lunes se espera que lleguen todos —explica Bernardo.

—¿Quién más irá? —pregunta ella.

—No los conocen. Gente como nosotros, de todo el mundo —responde Julia.

Silencio. Ella bebe de su copa de vino, intentando dar la sensación de calma, pero no lo consigue.

—¿Dónde está? Dijiste Oceanía. Oceanía es muy grande —señala Simón.

—Islas Palaos, en Micronesia. Hay agua, por supuesto. Napas subterráneas que no se contaminarán. El régimen de vientos de esas islas las mantiene fuera de la posibilidad de lluvia ácida o de viento nuclear. Eso es importante. Construir el complejo tardó diez años. Lo empezamos en el 2012 —detalla Bernardo. Parece entusiasmado, como si contara sobre el proyecto de su nueva casa en la playa—. Son ocho estructuras conectadas. Hormigón de dos metros, capaz de resistir un impacto nuclear y aislarnos de la radiación en una zona geológica muy estable. Una pequeña ciudad subterránea autosuficiente de doscientos metros de profundidad y quince pisos, con capacidad de albergar con comodidad a mil quinientas personas durante al menos cinco años. Son búnkeres de lujo, diseñados para proteger física y, por supuesto, anímicamente a los residentes.

—¿Cómo...? ¿Cómo llegaríamos allá? —pregunta Simón.

—Si aceptan, un transporte privado los llevará al aeródromo más cercano. Ahí estará esperándolos un avión, también privado. Está todo coordinado —contesta Bernardo.

Simón mira a Ana, quien solo observa a Bernardo.

—Y si aceptan deben dejar todo, no informar a nadie —agrega Julia.

—Poniéndome en el caso de que lo que dicen es verdad, ¿qué se supone que debemos hacer? ¿Irnos sin avisar? Tengo a mi madre, Carmen, la conocen. La estoy cuidando yo. Está enferma, muy enferma, cada día más débil. Simón tiene pacientes. Siento que... Creo que ya no me está gustando esta paranoia. Esto ya no es divertido —dice Ana, mirando a Simón, como si estuviese esperando a que él diga algo—. ¿Tenemos que irnos así como así?

Bernardo se remueve incómodo en su asiento. Parece estar buscando las palabras adecuadas para responder. Ana mira a Julia y a Bernardo. Su rostro es una mezcla de confusión y creciente indignación.

—¿Qué pasa con sus hijos? ¿Con Marta y Álex? —pregunta Ana.

Julia desvía la mirada antes de responder:

—Solo Marta sabe. Álex...

—Fue una decisión difícil y dolorosa. No podemos llevar a todos. Álex tiene problemas con drogas. No cumple con los requisitos de base —explica Bernardo, interrumpiéndola.

—¿Requisitos de base? —repite Simón, extrañado.

—Supondrás que no puede ir cualquier persona — dice Bernardo con seriedad.

—Espero que no me digas que sea de preferencia blanca, europea y cristiana. No eres de esos, Bernardo —lanza Ana.

—Apta, Ana. Apta. Sana —aclara él.

—¿Qué pasará con la gente que queda? —quiere saber Simón.

Ana mira hacia un costado, incómoda. Observa a los comensales que disfrutan despreocupados de su cena.

—Estamos transitando por zonas muy grises —admite Bernardo.

—Tengo pacientes, la unidad de oncología... —menciona Simón, pensativo.

—Esa es justo la gran decisión, Simón. Un evento como del que estamos hablando será rápido. O todos morimos o algunos se salvan para que exista un futuro —sentencia Julia antes de beber de su copa.

—Esto es como el *Titanic*. El mundo es el *Titanic* y nosotros les estamos ofreciendo una balsa, subirse con nosotros a una balsa —explica Bernardo.

—¿Por qué a nosotros? —pregunta Simón.

—Fuera de la amistad que nos une, hay que pensar con mirada estratégica. Necesitamos un médico con tu experiencia —responde Bernardo.

—¿Y por qué yo? —interviene Ana.

Silencio.

—Entiendo que elijan a Simón. Es obstetra, es cirujano, alguien debe cuidar los embarazos. Pero yo trabajo en joyas y tengo una licenciatura en artes. No sé dónde queda ese búnker, ni si hay uno o muchos, pero no creo que me necesiten. ¿Por qué? —argumenta Ana.

—El arte es importante. Estás sana. Y eres el apoyo que Simón necesita. Eso es importante —explica Julia.

—¿Soy un... «apoyo»? —cuestiona Ana.

—Sabes lo que quiero decir —responde Julia.

Silencio. Ana mira hacia un costado y luego vuelve su mirada a Julia:

—¿Cómo saben que estoy sana? Puedo tener cáncer o alguna enfermedad autoinmune...

—Ana, escúchame. No venimos a ustedes al azar. Es verdad que hay un vínculo. Pero también pasaron por una pequeña investigación, son aptos —aclara Julia.

—¿Nos investigaron? —se sorprende Ana.

—No podemos llevar a alguien a un lugar en el que su estadía haga vulnerable al grupo —explica Bernardo.

Silencio.

—Nos investigaron y «calificamos» —dice Ana con amargura.

—Y los queremos —agrega Bernardo.

—Disculpen, pero me parece... —Ana se vuelve hacia Simón—. ¿Simón?

—Estoy procesando —murmura él.

—Es horrible —sentencia Ana.

—Es supervivencia —corrige Bernardo.

—¿Qué le va a pasar a la gente que no tiene la suerte de vivir en el búnker? —insiste Ana.

—No es bueno que sepas detalles. Lo único que va a pasar es que habrá mucho tiempo en el que tu mente va a jugar contigo. Va a torturarte día tras día, mostrándote todo eso. Detalles de lo que pudieron experimentar. Detalles de tus seres queridos, de las personas que dejaste —responde Julia con calma.

—Necesito saber qué viene. ¿Caos? —pregunta Ana.

—¿Caos? No. El caos necesita tiempo. Esto será rápido. No es gente vandalizando. No se tratará de buscar agua y provisiones. Eso

es otra cosa. Aquí hablamos de un páramo nuclear y de extinción. Es un derrumbe completo. Tierra quemada. ¿Entiendes de lo que estoy hablando? —explica Bernardo.

Silencio.

—¿Existe alguna posibilidad, por remota que sea, de que no ocurra? —inquiere Ana con un hilo de esperanza.

—Ninguna —sentencia Julia.

—Siempre hay una... —sigue Ana.

—Es descartable. Cuando Bernardo hizo la analogía del *Titanic* estaba siendo bastante literal. Puedes volver a tu camarote y cerrar los ojos. Puedes insistir en buscar ayuda o quedarte atendiendo a un herido, pero eso no va a cambiar lo que va a pasar. Te vas a hundir y no estás en el bote salvavidas —explica Julia, bebiendo su vino. Habla con tranquilidad, mirando a los ojos a Ana—. O, por el contrario, puedes subirte. Te subes al bote, te salvas y vuelves a empezar. Eso te estamos ofreciendo. No solo salvarte, sino la oportunidad de que puedas servir, de que Simón pueda salvar vidas, nuevas vidas. ¿Me preguntas si existe una posibilidad de que el *Titanic* no se hunda? Sí, siempre hay una posibilidad. La pregunta es, ¿quieres quedarte a comprobarlo?

—Tienes contactos —se dirige Simón a Bernardo—. ¿Por qué no has llamado al gobierno, a la prensa... No sé, a alguien que pueda hacer algo. Tienes redes importantes. ¿Por qué no estás intentando informar a gente clave que pueda detener...?

—Porque es inevitable. Y saber, solo aumentaría el dolor y la angustia —lo interrumpe Bernardo.

—Además, la gente que tiene que saberlo ya lo sabe. Si miras la agenda de mucha gente clave, líderes, etcétera, verás que

sospechosamente tienen la próxima semana bloqueada —agrega Julia.

—No todos —aclara Bernardo.

—No, no todos —coincide ella.

Ana se levanta de improviso y se dirige al fondo.

Simón se queda en su puesto, en silencio. Bernardo le hace una señal con la mirada, dándole a entender que vaya a acompañar a su mujer. Simón se levanta y sigue el mismo camino que Ana.

Camina por el restaurante, pasando por las mesas donde las risas y las conversaciones abundan. Mozos transitan, gente ríe, bebe vino y come de sus platos. Están ajenos a la turbulencia emocional que Simón está experimentando.

Sigue caminando y el bullicio se va acallando. De pronto, ve a Ana a lo lejos. Parece estar preguntándole algo a una persona que pasa por el lugar. Ana asiente y da las gracias antes de comenzar a caminar hacia el baño.

Simón la sigue.

—¡Ana! —la llama.

Ella no escucha. Simón apura el paso:

—¡Ana!

Esta vez, Ana voltea y lo ve. Hace una señal de estar exhausta y vuelve a dirigirse hacia el baño. Camina por un pasillo y Simón apura aún más el paso hasta interceptarla.

—Déjame sola unos segundos, por favor —pide ella.

—¿Estás bien?

Una mujer de unos cincuenta años que pasa por al lado de ellos mira con cara de preocupación. Ana le sonríe para tranquilizarla y ella sigue su camino.

Silencio.

—Ana, ¿estás bien? —insiste Simón.

—¿Cómo crees que estoy? —responde ella.

Silencio.

Ana entra al baño de mujeres. Simón la sigue:

—Ana...

—Quédate ahí, por favor. Dame unos minutos, quiero estar sola —pide Ana.

Simón, resignado, se queda esperando en la puerta. Ve a gente transitando por el pasillo. A lo lejos, una persona con su celular está riendo despreocupada. Él saca su celular y lo revisa. Hay algunos mensajes del hospital, un recordatorio de su madre sobre el cumpleaños de un tío lejano. Googlea la palabra colapso. Mira unos segundos. Vencido guarda el móvil.

Silencio.

Ana sale del baño.

—No quiero escucharlos. Se volvieron locos o es algo horrible o ambas cosas. Me voy —declara.

—Ana... —intenta detenerla Simón.

Ella lo mira, sus ojos están inyectados de lágrimas. Simón la observa por unos segundos y luego la abraza.

—Tranquila, vamos a pensar bien esto —trata de consolarla.

—Vámonos de aquí —suplica ella.

Simón sigue abrazándola.

—Es todo tan irreal —intenta decir Ana.

—Lo sé, lo sé. Lo estoy intentando, hago el esfuerzo de pensar con perspectiva —afirma Simón.

Ana se seca las lágrimas y lo mira:

—Tenemos a un bebé en proceso de adopción, Simón. Tienes pacientes en el hospital, tenemos vínculos.

Simón se queda pensativo en silencio.

—Bernardo no es infalible. ¿Y si se equivoca? —sugiere Ana.

—¿Y si no se equivoca? —responde él.

Ana se aleja un poco.

—Sé los contactos que tiene Bernardo. ¡Es amigo de Bill Gates! Y nos están dando una oportunidad. Una oportunidad, Ana, lo escuchaste. Es el puto *Titanic*. O te subes al bote salvavidas o no. De eso estamos hablando —argumenta Simón.

Silencio. Ana lo mira, confusa:

—Entonces no me subo.

Simón se impacienta aún más:

—Ana...

—¿Por qué crees que te llevan? Porque eres médico, porque les serás útil. Te necesitarán... —explica ella.

—¡Y ahí está el punto! Podré ayudar. Si hay un futuro, podré ayudar. ¡No sirvo de nada muerto! —exclama él.

—Te llevan para hacer el trabajo —sentencia Ana.

—Ah, ahora veo. Es eso lo que te molesta, ¿no? Que yo sea el que tiene el boleto —acusa Simón.

—¿Qué insinúas? —responde Ana.

—Hablamos de la sobrevivencia, de lo más grande que nos ha pasado a todos, y a ti te preocupa que sea yo el elegido.

—No puedes decirme eso —se indigna Ana.

—Vamos a mirar el asunto con calma. Cuando volvamos no les menciones a Romina —dice él.

—¡Qué! ¿Por qué? —pregunta ella.

—Complicaría más todo. Ya están haciendo un gran sacrificio por nosotros. No podemos aprovecharnos.

—¿Es en serio? ¿En serio me estás diciendo eso? —cuestiona Ana, incrédula.

—Porque te amo —afirma Simón.

—Quieres que... ¡No lo puedo creer! —responde Ana.

—Escucha, tenemos que volver y decir que sí —insiste él.

Silencio.

Simón se da vuelta y comienza a caminar por el pasillo con lentitud, queda de espaldas a Ana. Ella lo sigue, hablándole:

—Siempre el mundo está por acabarse. ¿No lo has pensado?

Simón se voltea.

—¿No has pensado en las consecuencias de que se equivoquen? ¿Si mañana no vas? Si no vas y no sucede nada, tus pacientes morirán —argumenta Ana.

—Mierda, Ana. Salvo vidas todo el tiempo. ¿Por qué no puedo ser egoísta en el momento más importante? —responde él.

—¿Porque teníamos un futuro? ¿Será por eso, Simón?

—¡No existe ese futuro, Ana! No existe.

Ana lo mira sorprendida.

—Nunca iba a pasar. No nos iríamos a una casa en la Patagonia, no íbamos a ser los padres felices con una niña, no... No, Ana. Íbamos a ser tú y yo. Los dos. Yo trabajando en turnos de doce horas, tú intentando sacar tus cosas adelante... —explica Simón.

Ana se aleja de él.

—Ana... —intenta acercarse Simón.

Pero ella toma distancia.

—Ana...

—No puedo creer lo que me dices —dice Ana, impactada.

—Sé que esto es una mierda, sí. Pero debemos ser sensatos.

Ana sigue en shock.

—Es Bernardo, Ana. Y nos está invitando a ti y a mí. ¿Tú crees que no tiene doscientas personas más en fila por si le decimos que no? Le rechazamos la invitación e irá con otro médico enseguida. Luego nos vamos a nuestra casa y nos arrepentimos. Lo llamamos, pero es muy tarde.

—Tú no decides esto por mí —responde Ana.

—Uf... —suspira él, exhausto—. No se trata de eso, Ana. Se trata de que... —baja la voz— el maldito mundo se acabará en unos días.

—Exacto. El mundo se está acabando y ellos cenando tan tranquilos. ¿Qué clase de personas son? —cuestiona ella.

—La clase de personas que en situaciones así saben pensar con frialdad y tomar buenas decisiones —afirma Simón.

Ana se aleja de él y termina de secarse las lágrimas.

—Escúchame. Me pondré en tu lugar —lo interrumpe Ana—. Imaginemos que es verdad... Ahora dime, ¿por qué la precisión en las fechas?

—¿Qué quieres decir?

—No tengo «el mundo» que tienen Bernardo y Julia, ni me relaciono con gente tan importante, ni tengo que tomar decisiones radicales. Pero mira, a lo que voy es que ellos ya saben, Simón... y lo calcularon. Y no es que vayan a ocurrir eventos en cadena que se van a concretar mañana. Es calculado, como cuando calculas derrumbar un edificio y sabes el día y la hora y tienes tiempo de evacuar el área. ¿No lo ves? Ellos mismos son los que van a bajar el interruptor. No ellos, sino el grupo al que pertenecen. Ya tomaron la

decisión con tiempo, y saben cuándo van a apretar el botón una vez que estén resguardados —explica Ana.

Breve silencio. Una señora pasa por detrás de ellos.

—No lo sé, Ana. No creo que todo sea tan premeditado —comienza a decir Simón.

—¿Quién está detrás? ¿Por qué las fechas precisas? No es un meteorito ni tsunamis o terremotos. Es algo hecho por humanos, por gente horrible que solo piensa en sí misma.

Simón se apoya en la pared del pasillo, quedándose pensativo. Ana lo mira. Simón se pasa la mano por la cara como queriendo despertar.

—¿Qué te parece si volvemos a la mesa, terminamos de cenar y los dos... los dos les preguntamos todo hasta quedar convencidos? Por favor —pide él.

—No creo que eso pase —responde Ana.

—Ana, por favor. Necesitamos... necesitamos estar juntos en esto —insiste Simón.

Ana da un paso atrás. Se vuelve a secar las lágrimas, decepcionada, se da vuelta y se aleja.

Simón observa el baño de hombres. Entra. Abre el agua, se mira en el espejo, se queda pegado, sumergido en el sonido del agua cayendo. De pronto, «despierta» de su breve hipnosis y se moja la cara.

Otra persona entra al baño. Simón la observa y luego vuelve al espejo. Se mira una vez más y se lava las manos, sacudiéndolas con fuerza al terminar.

Sale del baño y camina por el pasillo. Busca a Ana con la mirada, pero no la encuentra. Continúa caminando. De a poco, vuelven los

bullicios del salón principal. Vuelve donde Julia y Bernardo y se sienta, abatido.

—¿Cómo está? —pregunta Julia.

—En shock —responde Simón.

—Es razonable. Tú tienes que tomar decisiones todos los días. Ella, en cambio...

—¿A qué te refieres? —cuestiona él.

—Solo eso. A que ella no tiene que lidiar con decisiones. Es más vulnerable a la incertidumbre —explica Julia.

Simón la mira extrañado.

—¿A qué te refieres con que Ana es vulnerable? — pregunta, molesto.

—Simón, Simón. A ver, se malentendió. Nadie está queriendo decir nada sobre Ana —interviene Bernardo, mirando primero a Julia y luego a Simón—. La investigación que te contamos... bueno, uno de los requisitos es la fertilidad. Entenderás que hay que pensar en el futuro. Y, bueno, sabemos del caso de Ana. Pero entendemos que la amas y, si queremos tenerte, aceptamos que ella venga contigo.

—Ustedes no debiesen ni haber sido preseleccionados para esto. Aun así, Bernardo lo quiso. Se arriesgó. Y estamos aquí, dándoles la oportunidad, literal, de sus vidas —agrega Julia.

Silencio. Simón sigue la conversación, como un niño confundido frente a sus padres.

—Estamos en un territorio inexplorado, Simón. No hablamos de una selección de personal de una compañía nueva, sino de una estrategia de repoblamiento. Por supuesto que no basada en la opinión, sino en criterios de futuro —explica Bernardo.

—¿Qué estrategia de repoblamiento puede haber si es que Ana no puede tener hijos? ¿Qué hará ella allá? —pregunta Simón.

—El tema de la fertilidad es importante. Por supuesto que sí. Pero, Simón, ¿lo tengo que decir? Eres uno de los médicos más destacados en tu especialidad y quizás hay solo un puñado como tú. Al búnker debemos llevar lo justo y necesario, lo preciso. Tú y Ana no podrán dar hijos, pero con tus avances podremos prescindir de algunos cupos para médicos y ocuparlos en otras áreas, con personas que sí pueden tener hijos. Te repito: criterios de futuro —argumenta Bernardo.

—¿Qué criterios son esos? —quiere saber Simón.

—Profesiones relevantes, habilidades que permitan la reconstrucción... —indica Bernardo.

—¿Qué habilidades, Bernardo?

—Se prioriza a individuos con destrezas y conocimientos valiosos para la supervivencia y la reconstrucción: agricultores, médicos, ingenieros... Individuos jóvenes y en edad reproductiva, ya que tienen mayor capacidad para reproducirse y repoblar el planeta. Buenas condiciones de salud. Salud física y mental, sobre todo de salud mental. Diversidad genética. Asegurar la diversidad cultural y racial —explica Bernardo—. Ni yo ni Julia tenemos estos atributos, pero son privilegios de los que gozamos por ser contribuyentes de esta iniciativa. Y bueno, en tu caso también. Se necesitará liderazgo, vendrán momentos oscuros.

—Lo que quiere decir Bernardo es que tu mujer no califica, pero tú le facilitaste el puntaje. Además, es joven, podrá aprender algún trabajo útil. No será una carga —agrega Julia.

Simón se queda pensativo, mirando hacia abajo.

—Ella nunca es una carga... —murmura.

Luego alza la mirada justo cuando Ana vuelve a la mesa. Se ve algo mejor. Toma asiento y suspira.

—¿Estás bien, Ana? —pregunta Bernardo.

—Sí... Gracias —responde ella.

Todos la observan.

—¿Desde cuándo lo saben? —inquiere Ana.

—El proyecto comenzó hace diez años —responde Julia.

—Me refiero a la fecha, la fecha final.

—Nos informaron hace un mes.

—Dicen que nos investigaron, ¿no? —insiste Ana.

Silencio.

—Por supuesto que sí —confirma Julia.

—Como a todos, Ana —agrega Bernardo.

—En mi adolescencia, en mi país, no podías abortar. Era ilegal y una mujer hizo un mal trabajo... Un muy mal trabajo. Casi muero. No soy una mujer fértil —confiesa Ana.

Silencio.

—¿No estaba ese pequeño detalle en la investigación? —cuestiona.

—Lo estaba, Ana. Lo sabíamos —responde Julia.

Silencio. Ana mira a Simón, sorprendida.

—Estamos en proceso de adopción. Ya comenzamos los trámites. Por mucho tiempo pensé que era un alivio. No tendría hijos, no traería a nadie a este mundo tan... complejo, hasta que conocí a Simón. Como saben, Simón es... —Lo mira—, o era... —Vuelve su mirada a Bernardo y Julia—, un optimista irremediable, y pensamos este año en jugar a ser la pareja con casa, perro y bebés.

Silencio. Ana bebe de su copa, ansiosa.

—Justo ayer fuimos y vimos al bebé, Romina. Tiene ocho meses. Se supone que nos la pasarán el próximo mes. El lunes es nuestra reunión más importante. Nos dirán si somos aptos. Al principio como cuidadores y luego, si todo va bien, podemos adoptar —relata emocionándose un poco. Bebe más vino—. Su madre era adicta y Romina viene con un daño neurológico, no severo a simple vista, pero pronto sabremos cuál será la magnitud real. Hay que hacerle exámenes. Supongo que ella no podrá venir. Aun si consiguiéramos que nos la dieran, o la secuestráramos... supongo que ella no puede venir.

—No. No puede —confirma Julia, con frialdad.

Silencio. Ana afirma. Simón le pone su mano sobre la de ella. Julia y Bernardo observan la situación, también afectados.

—Y yo tampoco. No tengo habilidades o conocimientos, y tampoco puedo tener hijos —sentencia Ana.

—Ana... —intenta interrumpirla Simón.

—Lamento mucho lo de Romina, Ana. De verdad que sí, pero... —comienza a decir Bernardo, haciendo una pausa. Mira hacia un costado, como si estuviera buscando las palabras precisas para continuar—. A ver, creo que debemos construir sobre lo real, lo concreto. Suena horrible, pero el tema de Romina es una idealización de un mundo que no existirá. No van a jugar a ser la mamá y el papá en parques, playas y juegos inflables. Iremos a un búnker. Estaremos por lo menos cinco años encerrados ahí —explica, mirando a Julia, buscando su aprobación—. Entiendo tu reacción, Ana, y tus aprensiones y cuestionamientos. Pero creo que hay que dejar en claro algo desde ya: lo que ocurrirá es real. No hay vuelta

atrás. Lo siento mucho, de verdad. Y tú, por supuesto, eres un caso diferente.

—¿Cómo saben lo que ocurrirá con tanta certeza? Si saben esto hace un mes, ¿por qué tanta precisión en la fecha? Nadie puede ser tan preciso, a no ser que... —cuestiona Ana.

—Ana —intenta detenerla Simón.

—No. Me interesa hacia dónde quieres llegar. A no ser que, ¿qué? —la anima a seguir Bernardo.

—Es una especie de solución final, ¿no? —suelta ella.

—¡Ana! —exclama Simón, molesto.

Julia hace una señal de calma con su mano:

—Sí. Lo es —le responde a Ana—. Pero no es como lo que supones. Al principio, en el 2015, cuando comenzamos el proyecto, fue una especie de seguro por si Corea del Norte comenzaba una guerra. Luego vino la pandemia, y probamos cómo sería. Nos tocó la pandemia en el Sudeste Asiático. Para nosotros, fue una prueba. Son instalaciones cómodas, todo funciona bien.

»Luego, cuando volvimos, el futuro siguió golpeando: las crisis económicas, la inflación, los extremos. Sobre todo, la sensación inminente de polarización no acordable o distancia no negociable. No se trataba solo de una tensión ideológica entre el progresismo y el conservadurismo. Era algo más de fondo: un profundo desprecio hacia el otro. El colapso viene igual. La pregunta es, volviendo a la metáfora médica, si el paciente moribundo está con dolor, ¿lo dejas sufrir o lo alivias? La IA puede ayudar. Pero el costo es alto —explica antes de beber de su vino.

Todos quedan en silencio.

—¿Quién les da derecho a decidir eso? —cuestiona Ana.

Julia mira fijo a Ana antes de hablar:

—¿Te has preguntado cómo quieres morir, Ana?

Todos observan a Julia, sorprendidos por su pregunta.

—¿Lo has pensado? —continúa ella—. Es probable que me digas que en tu cama, rodeada de tus seres queridos. Pero descartemos eso. Esos eran otros tiempos. Me refiero al futuro real. ¿Cómo quieres morir? ¿Gritando, en una agonía de sobrevivencia callejera desgastante, día a día? ¿O fulminada por una luz, sin siquiera tener tiempo a sentir dolor?

—¿Quién les dio el derecho de tomar estas decisiones? —cuestiona Ana.

Julia vuelve su mirada hacia ella:

—Nosotros no tomamos estas decisiones, Ana. Hemos llegado a un punto sin retorno. A la gente no le importa la vida ajena. ¿Crees que es un mundo que va a surgir? ¿De verdad crees en una solución espontánea?

Ana queda en silencio y baja la mirada, jugando con su copa.

Bernardo se limpia con su servilleta y luego la deja sobre sus rodillas.

Silencio.

Simón mira de reojo a Bernardo y deja sus cubiertos en la mesa.

—¿Un cigarro? —le ofrece Bernardo.

—Te acompaño —acepta Simón.

Ambos hombres se paran, dejando a las dos mujeres solas.

Silencio.

Se acerca un mozo.

—¿Necesitan algo? —pregunta.

—Estamos bien, gracias —responde Julia.

—Con su permiso —se retira el mozo.

En una mesa más lejana, alguien ríe y varias voces comienzan a cantar *Cumpleaños feliz*. Julia y Ana se miran.

«Cum-ple-aaaaños, So-fía», cantan las voces, «que los cum-plas fe-liz».

Hay aplausos y el ambiente se vuelve a calmar.

Julia se acomoda en su asiento:

—Ana, ¿podemos hablar con franqueza?

Ana la mira.

—¿Y tu hija?

—Va con nosotros —responde Julia.

—Pero el hijo de Bernardo, no.

—No. ¿Eso es lo que te preocupa? ¿Que irá mi hija?

—¡Por favor, no! Es mucho más que eso. Es cruel, ¿no te parece? Es incorrecto. No van enfermos. Supongo que también discriminarán por género, raza, ideas religiosas, minorías... Es una puta arca racista —lanza Ana con furia.

—No simplifiques. Si no quieres esto, lo acepto. Pero no lleves a tu marido a tu trinchera de victimismo o de rebeldía contra los poderosos, con eso de «ustedes, la élite, son asquerosos» —la detiene Julia.

—¿Qué pasó con el novio de Marta? —pregunta Ana.

—No va.

—¿Por qué?

—No cumplía con los requisitos.

—¿Sus genes no eran lo suficientemente buenos? —cuestiona Ana con sarcasmo.

—Se dializa —explica Julia.

Silencio.

—¿Y cómo se lo tomó Marta? —quiere saber Ana.

—Entendió. Entendió con altura de miras. Y él también lo entendió.

Ana juega con su copa, en silencio.

—Voy a ser honesta contigo, y directa. No hay tiempo para otra cosa —comienza a decir Julia—. Conocemos a Simón desde que tenía dieciséis años y a los dieciocho fue novio de Marta. Sus padres no tenían dinero y ayudamos en su carrera. Lo hemos visto convertirse en lo que es, no por nosotros. Nosotros solo aportamos un grano de arena. Todo lo que ha logrado Simón ha sido, por supuesto, mérito de él. Cuando se casó contigo, nos pareció que había tomado una buena decisión. Has estado con Simón cinco años y, Ana, no te conocemos. No sabemos quién eres y no lo digo en un mal sentido. No sabemos cómo clasificarte, no sabemos si le haces bien o mal. No sabemos por qué está contigo, pero lo aceptamos. Si tienes una sola duda, entonces ten tus dudas sola. No romantices con lo de quedarse a contemplar el fin del mundo haciendo el amor o abrazados. No va a ser romántico. Si tienes una sola duda y quieres quedarte, entonces quédate y déjalo a él venir.

Silencio.

Ana mira a Julia, enojada.

—Vamos a necesitar un ginecólogo. Serás bienvenida con tu arte, pero te digo algo: si no vienes, la aguja no se moverá —sentencia Julia antes de beber de su vino—. El proyecto rechazó la entrada de Álex al búnker y Bernardo lo aceptó. El futuro no se puede construir a base de sentimentalismos. Bernardo ama a su hijo, pero no puede gastar su tiempo en algo que no vale la pena. Años de tratamientos,

de psicólogos, de fármacos. Años en que Bernardo gastó miles y miles de euros en hacerlo entrar en razón. ¿Quién se hace cargo de personas como Álex?

Silencio.

—La gente toma malas decisiones de manera consciente, porque sabe que alguien más se hará cargo de sus problemas. Por Álex, Bernardo no hará un esfuerzo, pero por Simón... Tú sabes cuánto quiso Bernardo a la madre de Simón —continúa Julia.

—¿Cuántos cupos tienen? —pregunta Ana.

Julia la mira, decepcionada:

—¿Es en serio? Cinco cupos, Ana.

—Bernardo, Simón, Marta, tú y yo —enumera Ana.

—Sí, felicitaciones —responde Julia con sarcasmo.

—¿Por qué prefieren a un par de amigos, de los cuales una es una joyera infértil, antes que su propia familia?

Silencio. Un mozo pasa por al lado de Julia. Ella se termina su vino.

—Me trae más vino, por favor —le pide.

Julia mantiene su mirada en Ana mientras el mozo sirve el vino. Luego vuelve a buscar con la mirada a Bernardo.

El mozo termina de servir.

—Gracias —le dice Julia.

Ana solo la observa.

—¿Debemos dejar todo esta noche? —pregunta.

—El transporte partirá a las seis y media de la mañana. Tienen tiempo. Pueden ir a casa y buscar cosas personales, fotografías, lo que quieras. Treinta kilos. Allá hay libros, películas. No pierdas el tiempo llevando libros. Solo cosas personales que tengan un valor

sentimental y tu pasaporte. No lo necesitarás allá en el búnker, pero te lo pedirán en el aeropuerto —explica Julia.

—Mi madre... Está enferma. La cuidadora dice que no podrá ir mañana. Debo ir yo a cuidarla, darle sus medicinas. Simón tiene tres cirugías programadas. Si no va...

—Tu madre está muerta. Los pacientes de Simón están muertos. Todos a nuestro alrededor lo están. Solo viven una ilusión, un simulacro de vida que durará treinta y seis horas —sentencia Julia.

Silencio.

—¿Cómo podrán reconstruir algo futuro sabiendo que...? Esto es construir sobre el dolor —murmura Ana.

—Podremos. La especie humana lo ha hecho una y otra vez —responde Julia.

Ana, seria, mira hacia un punto fijo en la mesa. Julia juega con su copa de vino en la mano, mientras mira hacia un costado.

Los dos hombres vuelven a la mesa.

Bernardo nota en lo que están las mujeres y toma asiento.

Julia le abre los ojos a Bernardo, en señal de estar resignada. Simón toma asiento y le agarra la mano a Ana. Ella se la separa.

Bernardo y Simón se miran.

—Es una noche complicada para todos. Pero debemos tener la cabeza fría. En una semana lo agradeceremos —dice Bernardo.

Ana ignora a Simón.

Llegan Omar y otro mozo.

—¿Retiramos? —pregunta Omar.

—Por favor —asiente Bernardo.

Omar comienza a retirar los platos. Un silencio incómodo invade el ambiente.

Julia cruza miradas con Ana, Simón con Bernardo.

—¿Van a desear algún postre? —pregunta Omar.

Bernardo mira a Julia, quien parece ignorar la pregunta.

—Lo más simple que tengan —responde él.

—La tarta de limón —contesta Omar.

—Para todos. Cuatro porciones.

—Perfecto. Con su permiso —se despide Omar antes de retirarse con el otro mozo.

Simón los observa y luego vuelve su atención hacia la mesa.

—Ana, le comentaba antes a Simón que allá habrá de todo, por si se les olvida... ¿no sé? La escobilla de dientes, un fármaco para dormir... No se preocupen por esas cosas —le dice Bernardo.

Se quedan un momento en silencio.

—¿Cómo adivinaste el vino? —pregunta Ana de repente.

—Ya te dije. Es un juego —responde Bernardo.

—Es un cuento antiguo —aclara Julia.

—Yo quería asombrarla. Estábamos recién saliendo y tenía un truco. Le pasaba un dinero a un mozo amigo. Él tenía que preguntar: «Don Bernardo, ¿se anima a adivinar...?», y le decían a Julia que yo era un experto en cata de vinos. Era un truco para que Julia no dijera que yo gastaba una fortuna en cenas con ella. En ese tiempo Julia trabajaba en una ONG con refugiados y sentía que salir a cenar a lugares caros era un despilfarro de burgueses inconscientes —relata Bernardo.

—Lo sigo pensando —acota Julia.

—Bueno, el caso es que hice ese truco por años. Hasta cuando nos casamos. ¿Ves esas mentiras que uno deja pasar como bromas y que ya no puedes evitar y ya no puedes revelar? —sigue él.

—Entonces un día estábamos en una cena en Lisboa en la embajada. No me preguntes por qué estábamos ahí, pero el embajador, unos empresarios... y estaba... ¿estaba Anthony Bourdain? —recuerda Julia.

—Estaba un chileno, no recuerdo su nombre, pero un chileno que fue elegido el mejor enólogo de vinos tintos del mundo y Julia le dice «mi marido puede elegir cualquier cepa y adivinarla con solo probarla», y yo le contesto «no, es una broma», pero Julia insiste —cuenta Bernardo.

—Y el enólogo cree que es falsa modestia de Bernardo —agrega Julia.

—Y frente a todos confieso que he engañado a mi mujer durante años, haciéndole jurar que soy el mejor catador del mundo. Pero nadie me cree —acota Bernardo.

—Y yo sigo pensando que es una broma. Bernardo es así, siempre anda con el síndrome del impostor, una falsa modestia insoportable... Entonces pienso que es eso —explica Julia.

Simón y Ana los miran con estupor. Están contando una anécdota en medio de todo lo que han hablado.

—Y el embajador le pide al enólogo que haga una prueba y sirve un vino y yo: ¿qué voy a hacer? Pruebo y digo cualquier cosa, la marca de cualquier vino, el primero que se me viene a la cabeza y un año. Y el enólogo dice: «Mierda, es verdad» —concluye Bernardo.

—El tipo lo encubrió. Pensó que si lo delataba yo iba a terminar con él —sentencia Julia.

Bernardo la toma de la mano.

Se quedan en silencio. Omar llega junto a otro mozo con los postres.

—Con su permiso —dice mientras sirve.

—Ah, pero qué bien —comenta Bernardo.

Omar se retira y todos comienzan a comer en silencio por unos segundos.

Bernardo mira a Ana y a Simón antes de hablar:

—Yo creía en esto, en todo esto. De verdad creía. Trabajé toda mi vida con esa convicción. Creé cosas. Y así como creo en la gente, también creo que volveremos a estar así, riendo, felices de nuevo. No nosotros, a nosotros nos tocará la parte dura. Y crearemos gente dura para tiempos buenos.

—Es hora —anuncia Julia.

—Lo que haremos con Julia es darles un tiempo. Convérsenlo. Nosotros vamos a ir al bar de la esquina. Siempre que venimos terminamos allá. No voy a perderme el último vermut por ningún motivo —explica Bernardo antes de dirigirse a su esposa—. Además, nos despediremos de Paco.

Julia asiente.

—Bernardo, ¿por qué crees que nadie miró tus tarjetas, cuando engañabas a todos con tu truco? —pregunta Ana de repente.

—La gente necesita confiar. No quiere ser engañada, pero necesita con desesperación creer en una verdad: en que la próxima semana todo seguirá funcionando, en que tu corazón seguirá latiendo, en que tus hijos estarán contigo, en que todo estará bien. Esa es la gran trampa. La hipnosis del buen futuro, de que todo se resolverá. No es así. No es así y nunca lo ha sido —responde él.

—No, no es por eso. Es porque nadie se atrevía a cuestionarte. ¿Quién iba a cuestionarte? A decir: «¿Puedo ver la tarjeta?». Miedo.

El miedo les impidió saber la verdad. El miedo al poder. Te tienen miedo —replica Ana.

Bernardo la mira un poco descolocado.

—Los esperaremos allá y veremos los detalles. Les entregaremos las instrucciones y unas pulseras estúpidas, pero que serán necesarias —dice antes de mirar a Simón quien, aún descompuesto, asiente—. Entendemos que si no llegan será porque tomaron una decisión. De cualquier modo, los queremos —agrega, mirando a Ana —. A ambos.

Ana lo mira con una mezcla de sentimientos.

Omar se acerca a la mesa.

—Omar, ha sido un gusto, como siempre —se despide Bernardo.

—El gusto es mío, don Bernardo —contesta Omar.

—Simón y Ana se quedarán un rato más aquí. Cualquier cosa, los atiendes, por favor. Con Julia iremos a despedirnos de Paco, en la esquina —explica él.

—¡Ah! El señor Francisco. Me parece muy bien. Le haré llegar todo —asiente Omar antes de dirigirse a Simón y Ana—. Con permiso. Cualquier cosa estaré por acá.

Simón asiente.

Bernardo se levanta y toma la mano de Julia para ayudarla a ponerse de pie. Miran a Ana y Simón un segundo y, sin decir nada más, se retiran.

Desde su mesa, Ana y Simón los observan alejarse.

Ninguno de los dos habla por un buen rato. Escuchan la música de fondo, una música que siempre había estado, pero que por primera vez escuchan. Es un blues.

Ana rompe el silencio:

—¿Qué fue de tu armónica?

—¿Mi armónica? —se extraña Simón.

—Sí. La que tocabas cuando te conocí —dice ella.

—Ah, mi armónica. No tengo idea. Al fondo de algún cajón, supongo —responde él.

—Ese día pensaba terminar contigo... —confiesa Ana.

Simón la mira, sorprendido. Ella continúa, su voz suave pero firme:

—Habíamos empezado a salir. Tenía dudas. Te encontraba muy trabajólico, muy serio. Yo venía de una familia caótica, imperfecta y divertida, una familia que bailaba. Tú eras demasiado perfecto. Usabas esas camisas horribles.

Ana mira a Simón, que permanece en silencio, escuchándola.

—Recuerdo que estabas preocupado porque no tenías un hobby y decidiste aprender a tocar armónica. Durante el tiempo que fuimos novios, veía cómo te esforzabas, cómo veías tutoriales. Y te compraste un modelo carísimo —sigue ella.

—La Hohner Marine Band. La de Bob Dylan y John Lennon —recuerda él.

Ana hace una pausa, rememorando.

—Un día decido que voy a terminar contigo. Pero ese día me invitas a ese bar donde tocan jazz y es de micrófono abierto...

—El Cuervo en el teclado —dice Simón con una sonrisa asomándose en sus labios.

—De sorpresa, te subes al escenario y tocas. Tocas la armónica para mí. Sonaba horrible, los aplausos fueron tibios... —cuenta Ana observando a su marido, su mirada es suave y cálida—, pero veo

que lo haces por mí y veo que no eres perfecto. Veo que tienes miedo y que aun así lo haces.

Simón asiente, recordando. Un momento de silencio.

—Cuando vuelves a la mesa, preguntas qué me pareció. No tienes ninguna perspectiva de que eres un pésimo músico —sigue Ana riendo, él también ríe—, y de pronto, te miro y te pregunto si te quieres casar conmigo.

La risa se apaga. Se miran a los ojos.

Simón la mira con tristeza. Ana deja sus cubiertos.

Ella fija su mirada en él:

—Deberías llevarla. Deberías buscarla y llevarla —sugiere Ana, antes de beber de su copa.

Al terminar, ambos se quedan mirando, en la oscuridad. Simón solo mira hacia abajo, abatido.

—Necesito llamar a un colega, decir que estoy enfermo. Suspender las cirugías... —murmura.

Silencio. Simón apura su copa hasta el último sorbo.

—Creo que voy a fumar afuera. Te espero —dice, levantándose—. No te demores. Si no estoy, es que me fui al bar.

Simón la mira desganado antes de irse.

Y sale.

Ana se queda en la mesa, mirando el mantel.

Un mozo pasa por su lado y ella lo detiene.

—¿Puede traerme...? ¿Tiene helado? —pregunta.

—Sí.

—¿De chocolate?

—Tenemos un espiral de chocolate y ají con helado de sésamo y sal... —comienza a explicar el mozo.

—No, no. Solo quiero un helado de chocolate. Un vulgar helado de chocolate. Mientras más grande, mejor —lo interrumpe Ana.

—Por supuesto. Veré qué puedo hacer. Si no le importa esperar unos minutos. Tarda un poco —explica él.

—Tengo todo el tiempo del mundo —responde ella.

Ana se queda observando atenta a su alrededor, como si viera todo por primera vez, en paz. Mira con intensidad a la gente que está disfrutando, hablando, comiendo, bebiendo. Ana, inmóvil, permanece ahí, esperando su helado de chocolate.

II

EL FIN SEGÚN LUCY

En diciembre del 2019, estuve cinco días en Beijing para un proyecto cinematográfico que nunca llegó a concretarse. Han pasado solo seis años, pero, quizás por el jetlag y unos antialérgicos para combatir el polen y el smog, apenas puedo recuperar fragmentos dispersos, difusos. Un trayecto sin fin por la supercarretera de seis pistas desde el aeropuerto y el brillo de los cientos de autos teñidos de rojo por el atardecer. Un robot de servicio que me seguía por los pasillos del hotel. Un paseo en bicicleta y una selfie a la entrada del zoológico y mi intención incumplida de fotografiar a los pandas. Una visita con la traductora a la Ciudad Prohibida con sus patios infinitos y un calor agobiante. Otra a la Muralla China atestada de gente. El parque Zizhuyuan con sus mujeres bailando pop y ancianos practicando taichí. Una invitación al Instituto Cervantes, a un homenaje a Silvio Caiozzi y una proyección de *La luna en el espejo*.

Me hospedaba en el hotel Xiyuan. De pronto, en el ascensor del hotel, algo imposible: Ximena Molina. Por alguna razón, no me sorprendió verla. Desde hacía veinte años, el azar (o esta simulación llamada realidad, como diría Oliveira) se empeñaba en encontrarnos: en una reunión en el Ministerio de Salud cuando era asesora, en un congreso de epidemiología y salud pública en Valdivia, en un vuelo a Lima, en el metro, paseando al perro en el Parque Bustamante. En cada uno de esos encuentros, siempre quedaba con la sensación de que nos faltaba hablar más, de que no era suficiente el «¿cómo estás?, muy bien y tú, muy bien, qué bueno, ¿has visto a tal o cual?,

ya tengo que irme» y nunca pasar a la segunda fase, a hablar de verdad e intentar comprender quiénes éramos ahora y cómo la vida había pasado por nosotros y si éramos unos extraños o merecíamos ser amigos, pero ambos estábamos siempre apurados, o fingíamos estarlo. Era una de esas personas que, sin ser nada, se había instalado en mi vida como si fuera alguien. Y ahí estaba ella, en Beijing, en el ascensor con un grupo de epidemiólogos. Por supuesto, me presentó y me invitaron a cenar. Durante la comida, mientras las cervezas Yanjing daban paso a las anécdotas y risotadas de los epidemiólogos, Ximena se sentó a mi lado para devolverme una historia que yo no sabía que había perdido.

Según su versión, una noche de principio de los noventa fuimos juntos a una función de trasnoche en el cine Normandie. Proyectaban *Brazil*, de Terry Gilliam. A mitad de la película, la ficción fue interrumpida por gritos. Un grupo de hombres irrumpió en la sala, buscando a alguien entre el público. El pánico estalló cuando sacaron a la fuerza a un tipo de una butaca cercana a la nuestra.

En medio de la conmoción, me tomó de la mano y corrimos. Huimos escaleras arriba hacia el segundo piso, forzamos una salida y salimos al frío del techo. Allí nos quedamos, en silencio, viendo cómo la noche de Santiago se rendía ante las primeras luces del amanecer.

La escuché, fascinado. Por un instante quise decirle la verdad: que eso jamás pasó, que mi memoria no guardaba ni un solo fotograma de esa noche. Pero, a medida que sus palabras dibujaban la escena, algo extraño sucedió. Empecé a ver imágenes, fragmentos nítidos que tenían la textura inconfundible de esos recuerdos que no nos pertenecen, de esas memorias que se construyen sobre una fotografía antigua o un relato familiar contado mil veces, hasta

volverse nuestra propia verdad. Luego, como si recordara que debía ser la Ximena de antes, lejana e impersonal, volvió a convertirse en la de siempre y se puso genérica, casi una desconocida.

Después, con un grupo más reducido, nos trasladamos al bar del hotel. Ximena me contó que estaban investigando unos casos de neumonías atípicas. Formaban parte de una comisión de la OMS y todos hablaban de Wuhan. Pronto, olvidaron que yo no pertenecía a su equipo. «¿Qué ocurre en Wuhan?», le pregunté. «Nada aún», respondió. En ese momento, una epidemióloga española a cargo de la vigilancia de nuevos virus, con la lengua aflojada por el alcohol, sentenció: «Viene una puta pandemia».

Nunca nos pudimos despedir. Ella viajó a Wuhan al otro día y yo volví a Chile. Y luego pasó lo que pasó.

Pero ahora, cinco años después, Ximena me llama. Son las dos de la mañana. Respondo. Me dice que está en Ginebra, que tiene una historia para mí. Entiendo que es su manera de contarme algo prohibido, de hacer parecer casual algo que no puede ser frívolo. Me pregunta si sigo interesado en los virus. Tras la pandemia, después de escribir *Caso 63* —una audioficción sobre un virus quimérico— e investigar sobre el tema, hice una petición en *change.org* para detener la «ganancia de función», el ensamblaje artificial de virus con fines de investigación. Ella también la firmó e instó a varios colegas para que hicieran lo mismo.

No sé a dónde va la conversación y le digo que sí, que me interesa mucho cualquier cosa que quiera decirme. Me cuenta que viene llegando de Etiopía y que tiene una historia que puede servirme para usarla en algún proyecto. Le pregunto si necesita una videollamada, pero me dice que no, que me envió un correo explicándome todo.

Me cuenta que escribió una bitácora sobre lo que acababa de ocurrirle. Una especie de diario de campo, un registro de los últimos días, y que comprenda que ella no es escritora: «Lo que no me deja dormir es lo que pasó, no la forma en que lo que pasó está escrito». Me pide que la lea y que después la llame, a la hora que sea, o «que no la llame. Que lo importante es que no quede solo en su computador».

Luego cuelga.

El lunes descargo el archivo, pero no puedo leerlo. Solo el martes, en la sala de espera de un vuelo a Puerto Natales, puedo acceder a sus apuntes. Durante el vuelo transcribo las partes más importantes. Intento darle coherencia, pero luego al revisarlo considero que es mejor hacer una transcripción literal. Al aterrizar, la llamo y no contesta. Desde entonces estoy pendiente de las noticias. Espero una y otra vez esa nota inofensiva que me indique que todo ha comenzado.

Como he dicho antes, este jueves la volveré a ver. No sé muy bien quién sirve.

1

De la bitácora de campo de Ximena Aguilera.

Enero 22

Kivu del Norte, Congo, cerca de la frontera con Uganda.

El aire es pesado y húmedo. El sol apenas ha salido y ya se siente el calor sofocante. El hospital de campaña se alza en medio del poblado, con sus lonas blancas y verdes que ondean apenas con la brisa. Los pacientes llenan cada rincón. Camino entre ellos, sintiendo sus miradas silenciosas, agotadas. Mis movimientos son lentos y calculados; la tela plástica que me cubre cruje con cada paso. Comienzo por revisar a las personas, una por una. Me acerco a una mujer con una severa desnutrición, su piel se estira sobre los huesos de su rostro. Su mano, tan ligera en la mía, tiembla. Siento el calor que emana de su fiebre a través de la delgada capa que me protege. No está ahí por ella, sino por su hijo.

—Está aislado. No puede verlo —le digo, pero no me entiende o no quiere entenderme.

—Está embrujado —afirma ella.

—No, tiene fiebre hemorrágica. Ébola —le digo.

La mujer me mira, confundida.

—*Nganga* —aclaro. Y ordeno que examinen a la mujer y a sus contactos.

Mi equipo entra y sale del hospital, apenas hablamos. Sus trajes los hacen parecer figuras de otro mundo. Astronautas. En una tienda cercana, otros colegas administran vacunas a los niños. Las sonrisas en sus rostros al recibir un dulce después de la inyección son uno de los pocos momentos de alegría en este lugar.

Terminamos a las siete y el calor aún no baja. Me dirijo al área de aislamiento. El ritual de quitarme la segunda piel que me ha protegido durante horas es

lento y meticuloso. Cada broche y cada capa requieren atención para no contaminarme. Con Phillip nos miramos. Es el segundo brote más grande que nos ha tocado y sabemos que no estamos ganando.

Cuando por fin termino, voy al *jeep* y me apoyo en la puerta. Justo entonces, me llega al celular un mensaje. Miro el contacto. Es de Robert Feild de la GOARN.[1] Me dice que me está mandando un PDF. «Dale una mirada y me llamas». Solo eso. Me siento en el *jeep* con la puerta abierta y lo leo. Una y otra vez. No me doy cuenta, pero se ha instalado un tipo de miedo en la forma de un vacío en el estómago, el segundo cerebro. Imagino que así debe haberse sentido en la época *presapiens* frente a un depredador. Todo mi cuerpo se pone en alerta. Luego conecto mi computadora para una videollamada. Sudo y las moscas y los mosquitos me rodean. Nos conectamos y casi no reconozco a Robert. Está más viejo. Todos lo estamos, pero él está con una vejez cansada, envejecido varios años.

—¿Qué opinas?

—Lo leí. No se ve bien.

—La GISAID confirmó su secuencia genética.[2]

—¿Cuál es la clínica?

—Respiratoria y, en una segunda etapa, compromiso del sistema nervioso.

—¿Está correcto el R?

—Sí. No hay duda.

Las moscas. El calor. El miedo.

—¿Cuándo tendrán más resultados?

—Quieren que seas tú quien lo averigüe. Hay un grupo que está viajando. Te están buscando un vuelo. Quieren que estés mañana en Adís Abeba.

Cierro la computadora y me quedo en silencio por un momento. Un colega pasa y me sonríe:

—¿Todo bien?

—Todo bien —miento.

Día 1,
Adís Abeba, Etiopía

¿Cuánto dura la normalidad? ¿Será como la primera vez o diferente?

Llego al Aeropuerto Internacional Bole, de Adís Abeba, el miércoles al amanecer. Tras recoger mi equipaje, que fue el último en la cinta, me dirijo hacia la salida.

Al salir, el calor me golpea como una ola. El aire denso y húmedo adhiere la ropa a mi piel. Observo el bullicio que me rodea, un caos que parece tener su propia lógica. Una fila de minibuses blancos y azules, *hinos*, se alinean en la calle. Sus motores rugen como leones impacientes. Los taxistas, con sus camisas blancas y corbatas verdes, me abordan con frases en amhárico que no comprendo para que elija su trasporte. Un conductor con mi nombre mal escrito me espera junto a un todoterreno blanco y toma mis maletas. Me dice que me esperaba en la otra puerta y que ya se iba.

Me acomodo en el asiento trasero. Me dice que hubo una protesta y que desviarán el tráfico, que la ciudad es segura y los episodios de violencia son raros en comparación con otras partes del país. «Lo único inseguro aquí es el tráfico», dice, y le creo. El todoterreno se adentra en la caótica ciudad, esquivando con habilidad los coches, autobuses y peatones que llenan las calles. Observo por la ventana casas bajas, muchas a medio construir, junto a edificios modernos, sin una lógica, producto del azar y la oportunidad. Hay tiendas de especias, venta de carcasas de celulares, *souvenirs*, cafés, mercados y oficinas de abogados y dentistas, todo en el mismo lugar.

De pronto, nos detenemos en una intersección concurrida. La Catedral de la Santísima Trinidad, una imponente estructura de piedra arenisca domina el horizonte. Sus cúpulas doradas brillan bajo

el sol. Nos adentramos en la zona de Bole, el lugar de los bares, embajadas y hoteles de moda. Me deja en el Sheraton Addis. Después de registrarme, subo a mi habitación y me doy una ducha. Me tiendo un segundo y me quedo dormida. Sueño con mi niña, pero de tres años. Estoy en un centro comercial y no puedo encontrarla. Mi celular suena. Me he quedado dormida. Me doy cuenta de que he estado llorando.

El transporte me deja fuera del complejo de la Unión Africana, porque no tiene credenciales para entrar. El sol de la tarde arroja una luz dorada sobre la fachada de vidrio y acero del edificio principal. Camino rápido, casi corriendo, por la amplia explanada que conduce a la entrada. Al cruzar las puertas, la amplitud del vestíbulo me desconcierta. Es más grande de lo que se ve desde afuera. Un espacio amplio y luminoso, con suelos de mármol pulido y una inmensa cúpula de vidrio que inunda de luz el interior.

Siguiendo las indicaciones, camino hacia el Mandela Hall, la sala de plenarias dispuesta en forma de anfiteatro, para dos mil quinientas personas. Solo doce personas ocupan los primeros asientos y parecen discutir acaloradas. Me siento atrás y la doctora Azeb Tekeste, epidemióloga jefe del Ministerio de Salud de Etiopía, me reconoce y me hace sentar más adelante, a su lado. El resto aún no llega y el relator está esperando el último reporte para empezar. A la distancia, me saludo con algunos colegas. La doctora Badami, directora del Centro de Control y Prevención de Enfermedades de Etiopía, proyecta unas dispositivas y nos informa lo que se sabe sobre el brote.

No te aburriré con todos los datos, solo iré a lo importante. El virus, de forma provisional llamado Awash-1, presenta síntomas

graves, incluyendo fiebre hemorrágica y falla multiorgánica. Su tasa de mortalidad es demasiado alta, más del noventa y dos por ciento. Los primeros casos, todos controlados y aislados, están en un asentamiento arqueológico en Awash, en el valle del Rift. Es un área de gran importancia tanto geológica como arqueológica, famosa por los hallazgos de fósiles de homínidos, incluyendo el famoso fósil de Lucy, una *australopithecus afarensis* que murió al caer de un árbol hace más de tres millones de años.

Durante el café llega el resto del grupo, algunos con sus maletas, directo desde el aeropuerto. Nos saludamos, la mayoría nos conocemos, pero no nos alegramos de vernos. Si estamos aquí es porque algo falló, algo se repite o algo malo se avecina. Vienen nuevas charlas. El doctor Yang del EMC, el primero en secuenciarlo, nos actualiza por videoconferencia. Preguntas, ensayos, ratios, tasas de infectividad. Diapositivas. Todos anotamos. La traductora tose, la reemplaza otra. Calma tensa en la sala de conferencias. Nos muestra su primera fotografía en el microscopio electrónico. Es su presentación en sociedad: un betacoronavirus, compuesto por una cadena sencilla de ARN monocatenario positivo que transforma la célula huésped en una fábrica para producir proteínas virales. Es una máquina perfecta de sobrevivencia.

En el descanso, discutimos los detalles del brote en voz baja, como si temiéramos que las palabras mismas pudieran agravar o hacer real algo que solo está en un papel.

Pero lo que está en el papel tiene carne: es un grupo de pacientes, cuatro fallecidos, once contactos. Es real.

Como falta que llegue el grupo de contención, que perdió el avión, se suspenden las reuniones hasta el día siguiente. Los anfitriones,

gente del Ministerio de Salud, nos invitan a cenar. Desde el centro de convenciones nos dirigimos al Habesha 2000. Está ubicado en un *tukul*, una choza tradicional con mesas bajas de madera, justo al lado de la calle principal de Adís Abeba. El ambiente es ruidoso, colorido, lleno de aromas exóticos. La cocina etíope se sirve sin cubiertos. Nos ofrecen *injera*, una especialidad local hecha de un grano agrio llamado *tef*, mezclado con agua fría y un toque de levadura para darle una consistencia esponjosa. Viene acompañada de una variedad de cubos de carne cruda, pero como recordarás que soy vegana, me prepararon un plato especial.

En todos los países hay lugares como este. La simplificación de la cultura para los extranjeros: música tradicional, bailarines vestidos con supuestos trajes tribales y danzas típicas. Si no estuviéramos en la situación que nos convoca, este sería el lugar turístico ingenuo y perfecto para «conozca Etiopía en una jornada», pero nadie está pendiente en realidad. Todos están enviando mensajes en sus celulares y recibiendo documentos. Uno de los anfitriones, que está a mi lado, el doctor Masali, me pregunta qué opino. Le digo que necesitamos más datos, pero que lo más prudente es cerrar la zona afectada y hacer un estudio de contactos a la brevedad. Me explica que, debido al peligro de que ladrones de tumbas saqueen los lugares, los asentamientos arqueológicos están restringidos al público y eso es una ventaja momentánea. Incluso el hospital de campaña está dentro del asentamiento. Nadie entra ni sale:

—Pero eso no podrá mantenerse por mucho tiempo —aclara.

En mi habitación, despliego papeles sobre la cama y en el *notebook* hago algunas proyecciones. Intento ordenar gráficos y notas. Entender y hacer un primer reporte a Ginebra. Mi teléfono

vibra. Es Dibiase, que ha llegado con el resto del grupo. Me dice que baje al bar. Voy. Están reunidos un par de colegas. Aparte de Dibiase, Carranza y Andy Juri del CDC.[3] Me preguntan qué tan mal lo veo. Les leo un informe preliminar con proyecciones de contagio por países. Dibiase, que había pedido una Coca Zero, se cambia al whisky.

—La conclusión es simple —les digo—. Si mañana comprobamos que la clínica es lo que parece y no contenemos este brote, estamos más allá de cualquier cosa que hayamos enfrentado antes.

Carranza ve la hora y me dice que debemos emborracharnos. Estoy demasiado cansada para eso. Subo a la habitación. Intento dormir, pero no tengo sueño. Miro por la ventana de mi piso 22. Es la noche de un miércoles cualquiera en Adís Abeba. Un miércoles normal, pero solo nosotros sabemos que estamos al borde.

Necesito un mapa.

Día 2,
Adís Abeba, Etiopía

A las siete y media de la mañana, desayunamos y partimos al centro de convenciones. El conductor avanza despacio por las calles congestionadas. Otra vez miro por la ventana del coche, pero ahora es diferente. No veo a la gente, sino tipos de contactos, vías de trasmisión, rutas, vectores, huéspedes... Un grupo de jóvenes sale de una universidad, hablando y riendo sin preocupación. A lo lejos, una pareja se besa, ajena al mundo que los rodea, en una burbuja de intimidad que me parece frágil y preciosa. Ahí estamos. *Sapiens*

sociales y vulnerables. Tan vulnerables. No dejo de imaginar escenarios. ¿Un nuevo *aislamiento* mundial? ¿La gente volverá a creer? ¿Todo de nuevo?

En un mundo con las democracias en crisis, con la IA alterando todo, generando contenido indistinguible de la realidad, detener el virus será imposible. Populistas en negación, temor a las vacunas. Los *tiktokers* y las teorías conspiratorias. Hay que evitar que salga. Es lo único importante: contención. El sol comienza a salir y tiñe el cielo de un naranja profundo, como si la ciudad estuviera envuelta en un fuego suave y persistente. Es la calima, me explica el chofer. La arena del Sáhara que lo cubre todo.

—Este año ha venido varias veces —me dice resignado.

En el auditorio me siento en la primera fila junto a otros colegas que miran sus notas y revisan sus portátiles. Hay nueva información sobre el origen. La doctora Azeb Tekeste habla con calma mientras la luz del proyector ilumina su rostro. Hace doce días, uno de los arqueólogos que trabajan en el nuevo asentamiento aprovecha el fin de semana y hace una excursión a la reserva de Wadjela, donde participa en una excursión a las cuevas de Al-Summan.

El lunes presenta síntomas de una leve gripe: rinorrea, congestión, epistaxis. El martes presenta una ventana de recuperación con dolores musculares leves. Esto es importante. Hay una ventana asintomática de tres días, se siente bien. Pero al cuarto día hace una falla respiratoria, una falla sistémica y muere. Contamina a cuatro contactos cercanos. Transmisión por fluidos y también aérea, al parecer. Los cuatro siguen la misma historia natural: gripe, recuperación, ventana y crisis. Todos han muerto menos uno, que está con tratamiento, en cuidados intensivos, en el

hospital de Riyadh. Hay catorce contactos hasta ayer, todos en la reserva. La doctora Tekeste da la palabra al doctor Solomon Abebe, un entomólogo reconocido de la Universidad de Addis Abeba.

Abebe dice que han encontrado una correlación entre las plagas de langostas y el brote zoonótico. Indica que, con el cambio climático, en los últimos dos años se han producido lluvias demasiado fuertes y prolongadas en el desierto de Rub al-Jali o el Cuarto Vacío, la zona desértica que está entre Yemen, Omán y Arabia Saudita. Esto crea condiciones ideales para la reproducción de las langostas. Con la lluvia, dejan de ser especímenes solitarios, se hacen súper gregarios y migran, cruzando el Mar Rojo. Estas nubes mortales no solo devastan la agricultura, sino que desplazan los ecosistemas y las poblaciones animales. Los murciélagos, reservorios naturales de muchos coronavirus, se ven forzados a migrar y se aumentan las interacciones con los humanos. Algo así pasó en Al-Summan. Un efecto mariposa que causó un huracán epidemiológico.

Las preguntas son intensas. Hay un equipo desplegado desde el miércoles. Hay varias zonas que manejar: el origen, el murciélago, un mamífero menor como portador y los contactos directos, incluyendo personal médico.

2

Día 3,
Valle de Awash, Etiopía

Me despierto a sobresaltos, con el corazón acelerado y la frente llena de sudor. Tardo unos segundos en recordar dónde estoy, en reconectar con la realidad. Miro el reloj: son las cuatro de la mañana. La alarma me ha despertado. Me levanto y me dirijo al baño. Me miro en el espejo y noto mis ojos enrojecidos. Antes de salir de la habitación, echo un último vistazo por la ventana. El cielo comienza a aclarar, tiñe las nubes de un rosa pálido. Nuestro vuelo sale del aeropuerto de Adís Abeba a las seis de la mañana.

Se nos unen cuatro epidemiólogos de la Mayo Clinic, de El Nada y de la Unión Europea. Son más jóvenes de lo habitual. Es su primer terreno. Saldrán de los *papers* a la realidad. Es un vuelo militar especial, organizado a toda prisa, dada la urgencia de la situación. Nos apiñamos en el helicóptero.

Mientras despegamos, veo la ciudad desaparecer bajo una capa de smog y nubes. El vuelo es corto pero turbulento. El helicóptero se tambalea y lucha contra el fuerte viento que barre la llanura, un valle semidesértico que parece el lugar menos apropiado para albergar vida. Pero ahí vivieron Lucy y todos nuestros ancestros. Este es el lugar. La fuente de todo.

El recorrido finaliza y comenzamos a descender. A medida que nos acercamos, puedo distinguir las formas de un pequeño poblado, con chozas dispersas y algunas estructuras de concreto. Aterrizamos en las afueras, levantando nubes de polvo. Cuando las puertas se abren, el aire cálido nos golpea con el olor a tierra y ganado y un toque de algo más, algo discordante, almizcle y humo. Y flores. Nos recibe un grupo de oficiales locales y personal médico.

El viaje al hospital es tenso. Inquietante. Las calles del poblado están vacías. El perímetro para llegar a la zona cero está rodeado

por un cordón de seguridad, con guardias armados, que controlan cada entrada y salida. Después de identificarnos llegamos al pequeño hospital, apenas una casa, con una instalación precaria y unas ambulancias de la ONU. En la zona posterior se ha establecido un improvisado centro de *triage*.[4] Nos conducen de inmediato al centro del hospital de campaña y en una tienda nos ponemos los trajes de protección biológica, un proceso que ya hemos practicado varias veces, pero que nunca deja de ser incómodo y un poco aterrador.

Los trajes son de un blanco brillante, con sellado hermético y respiradores autónomos. Una vez que estamos vestidos enteros y parecemos astronautas, o quizás fantasmas de un futuro distópico, salimos. Nos recibe un equipo de médicos locales, también vestidos de pies a cabeza en trajes de protección. A través de sus visores, puedo ver ojos cansados y asustados, pero determinados.

Una de ellas es una mexicana de Oaxaca, de Médicos sin Fronteras, que está a cargo, habla conmigo y se alegra de que yo sea chilena. Me cuenta que la situación es peor de lo que parece. Por suerte, es su última semana después de dos años y pronto regresa a casarse con un noruego. Se irá a Oslo, pero antes quiere llevar al noruego a Oaxaca, para que conozca a su familia. Nos llevan a través de un laberinto de pasillos, pasando por múltiples puntos de descontaminación.

El hospital es un hervidero de actividad frenética apenas contenida. Por todas partes hay el sonido de maquinaria médica. El pitido de los monitores, el silbido de los respiradores. El aire está cargado con el olor a desinfectante y enfermedad. Mariela Hurtado, así se llama la doctora, nos conduce a la unidad de cuidados

intensivos, donde se supone que están los pacientes más graves y los contactos directos. Es una visión sacada de una película de horror. Hileras de camas, cada una con un cuerpo conectado a un enredo de tubos y cables. No son siete, ni catorce. Nos han mentido, son muchos más. Muchos de los pacientes son ancianos, sus rostros se ven pálidos y marchitos. Pero también veo a algunos más jóvenes, incluso niños. El virus no discrimina. Eso es nuevo.

La doctora Hurtado nos guía a través de cada caso. Proporciona detalles clínicos en un tono objetivo y sin emociones. Parece fría, pero puedo ver el dolor en sus ojos, la impotencia y la frustración. Tomamos muestras, revisamos gráficos, discutimos posibles tratamientos. Pero cada nueva información parece solo confirmar que el virus es diferente a todo lo que hemos visto antes, más rápido, más letal, más escurridizo. Nadie lo menciona.

En el hotel del pueblo más cercano, después de desinfectarnos, nos reunimos y tomamos café. La doctora Hurtado nos muestra los resultados de la última ronda de pruebas. El virus ha mutado de nuevo y tiene una nueva vía de transmisión. Ahora no solo se propaga por contacto directo y a través de fluidos corporales, sino por el aire mismo.

—Las personas están transmitiendo el virus antes de manifestar cualquier síntoma. Eso va a disparar los contagios. Yo lo he visto. Infección, ventana, sintomatología, muerte. Entonces ¿cuál es el plan? —pregunta.

Pero aún no sabemos qué decirle. Nos miramos. Incómodos, nos miramos.

—Estamos en eso —dice alguien.

Con Mariela vamos afuera, fumamos un cigarrillo. Ella me confiesa que hacía ocho años que no fumaba. Volvió después de que estalló el brote.

—Si llega a zonas demasiado pobladas...

Ni siquiera puede terminar la frase.

—Lo sé —le digo.

Nos quedamos en silencio, mirando el atardecer.

—Aquí nació la vida —me dice la doctora Hurtado—. Es paradójico. A solo unos kilómetros, hace unos ciento cincuenta mil o doscientos mil años, vivió una mujer, la antepasada matrilineal más reciente común de toda la humanidad actual. La llamaron «la Eva mitocondrial».

Tiene razón. Esa mujer no es Lucy. Lucy es de varios millones de años antes. Todas las mujeres vivas hoy pueden rastrear su linaje materno hasta esta mujer. Pienso en eso. Este es técnicamente nuestro hogar. Es bello y hoy está lleno de muerte. Nos despedimos porque debe volver a turno. El viernes vuela y deja su querida África. Dice que la extrañará. Su gente, sus atardeceres, su olor. Quedamos de vernos en Oaxaca.

—Debes ir a visitarnos cuando todo esto pase —me dice.

3

En el viaje de regreso a Adís Abeba nadie habla. Cada uno de nosotros está perdido en sus propios pensamientos. El vuelo dura cerca de cuatro horas. Intento dormir un poco, pero mi cerebro no deja de dar vueltas. Cuando llego a mi habitación, me derrumbo en

la cama, agotada tanto en lo físico como en lo emocional. Cierro los ojos, pero las imágenes del hospital y los gráficos y los rostros de los pacientes siguen ahí. Puedo ver la progresión algorítmica.

Bajo al bar.

Ramiro está ebrio. Se acerca y me trae un gin-tonic. Se derrumba en el sillón.

—¿Qué piensas? —le pregunto.

—En la ironía cruel que el destino nos ha deparado. Un virus mortal, emergido en el mismo lugar donde la humanidad dio sus primeros pasos. Es como si la naturaleza nos estuviera enviando un mensaje, ¿no? Fragilidad e interconexión. CO2 antropocéntrico. Una tormenta en el Índico, lluvia en la zona desértica de Yemen, las langostas mutan y migran, un murciélago, un contagio, un contacto viaja a Libia y después a La Meca en Arabia Saudita para participar en el ritual del *hach* y contagia a la suficiente cantidad de casos como para una distribución exponencial.

No digo nada. Ramiro toma un nuevo trago:

—Está diseñado para ganar, nunca podremos contra él. ¿Lo has visto? Su corona. Es bíblico. Daniel y las ruedas de fuego. Es igual. Traído por langostas. ¿Qué falta? ¿Un eclipse? Tendrás que decidir y hablar con el jefe. Hay que declarar pandemia, cerrar las fronteras y confinar la ciudad. Hay que salir de aquí.

Esa noche soñé con un caballo alado. Desperté y por un segundo tuve la noción de que me encontraba en un sueño.

Han pasado siete horas. Es extraño cómo se modifica el concepto del tiempo. Ahora cada minuto se dilata y, de pronto, se detiene. Dentro de poco no habrá tiempo en absoluto. No hablo en sentido figurado, no habrá tiempo porque no habrá nadie que lo perciba.

Pero me estoy adelantando. Tengo agendado un Zoom con el doctor Lasse. Ha estado en la primera línea de todos los brotes; fue el primero en alertar de las neumonías atípicas de Wuhan y estuvo en el equipo que identificó el patógeno original. Al final, me manda la nueva secuenciación.

¿Recuerdas, Julio, nuestras clases de biología? Secuenciar un virus es, en esencia, leer su manual de instrucciones genético, la larguísima cadena de letras químicas que lo define por completo. Es obtener su huella digital única, lo que nos permite saber sin duda a qué nos enfrentamos y, por fin, darle un nombre.

Se llama: betacoronavirus awashensis strain, Awash-1.

O para abreviar, BcAw-1.

Es oficial. Tengo el extraño honor de ser la primera en saberlo.

* * *

Los ecosistemas prosperan, no a través de la dominación absoluta de una especie sobre otra, sino mediante un delicado balance. Depredador y presa, parásito y huésped. Todos participan en una danza continua de adaptación y cambio. ¿Por qué nuestra lucha contra los virus debería ser diferente?

Estoy deseando irme. Quiero que mi hijo tenga de nuevo tres años, aplastar mi nariz en su cuello y olerlo mientras lo hago dormir. Quiero quedarme dormida mirando los dibujos lisérgicos de Baby TV. Quiero verlo caminando con su león y su pijama de pajaritos. Quiero escuchar su risa. Quiero no estar aquí ahora.

Justo antes de apagar la luz, mi teléfono suena. Es una llamada de Alejandro, que es músico en la Filarmónica de Viena. A pesar del

cansancio y la preocupación, su voz me hace bien. Intento sonar lo más tranquila posible para no alarmarlo. Le cuento algo sobre mi día, omito los detalles más preocupantes. «Estamos trabajando duro», le digo, «pero estoy bien».

Alejandro cambia de tema para distraerme. Me cuenta sobre su último ensayo. El director, en un momento de pasión musical, lanzó su batuta al aire por accidente y causó un pequeño caos, pero también risas entre los músicos. Imaginar la escena me hace sonreír. Aún hay momentos de hermosa estupidez y alegría en otras partes del mundo.

—Te extraño, mamá —dice con suavidad—. Cuídate mucho, por favor.

Le aseguro que lo haré y le prometo mantenerlo informado. Colgamos, me quedo mirando el teléfono por un momento.

En mi habitación aparecen Eva Liskyd, Joan Caicedo y Dibiase. Lo primero que dicen es que apague mi celular. Lo hago. Traen una botella de whisky y servimos en vasos de café. Liskyd mira las luces de la ciudad. Caicedo no sabe cómo empezar. Le pido que hable con franqueza.

—Hemos hecho una nueva proyección —afirma.

—¿Qué tan malo es, del uno al diez? —le pregunto.

—Cien —indica él.

Eva confirma.

—¿Cuál es la simulación? —agrego.

—Cuatrocientos cincuenta mil millones en la primera oleada antes del primer semestre —responde Caicedo.

—¿Quién lo sabe?

—A esta hora, solo nosotros, la gente del EVI y un par de epidemiólogos. No hablarán. Aún no. Debemos informar en la mañana. Nadie dirá nada hasta que tomemos una decisión.

—Hay que informar a Tedros, a... ¿hay algún listado?

—Sí, lo hay —responde Caicedo.

Dibiase toma un trago y llena su vaso. Me explica algunos detalles, pero ya he dejado de escuchar. Infectividad, disposición morfológica en la corona, tiempo de inoculación, tasa de mortalidad supuesta, transmisión, resistencia a la temperatura. Es verdad. No vamos a poder detenerlo. Le expreso mi principal miedo. Hay jerarquía en los miedos. El primero, las redes sociales. Nadie debe subir nada. No aún.

—Será imposible —afirma Eva—. Basta que alguien levante los reportes epidemiológicos para tener un panorama y llegar a nuestro mismo diagnóstico.

Dibiase va a la ventana a fumar.

—La élite viene haciendo búnkeres desde hace diez años —señala con algo de decepción—. Se preparan para lo que vendrá. No los pillará desprevenidos. En alguna parte del mundo ya deben estar tomando sus aviones privados.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunto.

—Horas antes de que alguien saque los cálculos —afirma Dibiase.

—Hay que redactar el informe y las recomendaciones.

Abro el *notebook*.

—¿Qué hora es en Ginebra?

—¿Y cuáles son...? ¿Cuáles son las recomendaciones? —pregunta Eva—. Y no estoy siendo cínica —aclara.

—Cerrar todo. Nadie sale de Etiopía. Nadie sale de África. Nadie sale de ningún lado.

—Suerte con eso —dice Caicedo—. Nadie querrá confinarse de nuevo. Nadie cree nada. Ni en la enfermedad ni en la cura de la enfermedad. Nadie se va a encerrar otra vez. Harán cualquier cosa por evitar volver al 2020.

—Ese no es nuestro problema.

—Comencemos de nuevo los cálculos. —Eva abre su *notebook*.

—Hablamos de un R0 de 2,5. No se va a modificar si los calculamos de nuevo —dice Caicedo.

Se sirve otro trago.

—¿Qué opinas? —le pregunto.

—Yo no tengo que tomar esa decisión —responde.

—Pero ¿qué opinas? —vuelvo a preguntarle.

—¿Cuántos son los presuntos expuestos?

—Trescientos doce posibles contactos, contando al personal médico. Están todos aislados.

Dibiase apaga el cigarro en el borde de la terraza y entra.

—Tenemos un puto Albert Gitchell —lanza con frialdad.

Todos se quedan en silencio. Sabemos de lo que habla. Gitchell era un cocinero militar en el campamento de entrenamiento del Ejército de los Estados Unidos, en Fort Riley, Kansas. Fue uno de los primeros casos documentados de la gripe española, en marzo de 1918. En ese caso, cien millones de personas.

—Me estás preguntando por la duda clásica en epidemiología. ¿Qué harías con el paciente cero de la gripe española? ¿El cocinero? ¿Lo matas? Si lo matas, no hay huésped. Sin huésped, no hay virus.

Apagas el fuego. O lo dejas vivir una vida. Es una pregunta de bioética clásica.

—¿Y qué hacen? ¿Matan al cocinero?

Nadie se atreve a responder esa pregunta.

4

A mitad de la noche golpean la puerta de mi habitación. Son veinte para la una de la mañana. Un oficial me informa que me esperan para una reunión. Dos soldados me escoltan a un automóvil militar. Conducimos a toda velocidad hasta un barrio donde un lado de la calle ni siquiera tiene luz. El edificio es viejo, pero hay luces en el último piso. Subimos en un ascensor que parece un montacargas. No tengo miedo. Es otra sensación, rabia quizás. ¿Rabia de qué? No lo sé. Solo rabia.

El ascensor se abre y entramos a un restaurante en el último piso. Es una pizzería, según el letrero, pero está cerrada. La seguridad es extrema. Caminamos y veo a Dibiase que viene saliendo. No le pregunto qué hace aquí; él viene saliendo y evita mirarme.

Dentro del restaurante, las sillas están puestas sobre las mesas. Más allá, en otra mesa cerca de la ventana, está la doctora Tekeste con una expresión sombría, junto a un hombre que no conozco.

Llego a la mesa donde un general está comiendo, con una botella de vino y media copa servida. El militar me pregunta si quiero comer algo y me asegura que esta es la mejor pizzería del país. Me dice que en Etiopía no se especializan en pizzas, pero aquí las hacen muy bien. Declino la oferta.

El general se limpia la boca y, como si recordara que tiene un deber, me pasa una carpeta. La abre y me muestra un mapa detallado de la región afectada. Alguien ha marcado con un plumón rojo un círculo alrededor del asentamiento y el hospital de campaña.

—Queremos confirmar si esta es el área que debemos aislar —dice con voz fría, mientras me pasa un marcador.

Miro a la doctora, buscando en sus ojos algún indicio de duda, de humanidad. Solo encuentro resignación y derrota. Entiendo entonces que la decisión ya está tomada. Tomo el marcador y trazo un círculo más grande.

Salgo del restaurante, las lágrimas nublan mi vista. Antes de subir al auto, vomito. Me dejan en el hotel.

No recuerdo cómo llego a mi habitación.

5

Aunque los medios oficiales culpan al Frente de Liberación Oromo (OLF) del ataque incendiario al asentamiento y el hospital, muchos dicen que pudo haber sido un ataque aislado o un accidente o un ataque de bandera falsa. La tensión entre el gobierno del centro-este y los grupos separatistas oromos ha sido recurrente en las últimas décadas y a nadie le extraña lo que ha pasado. Si bien el valle de Awash está en parte en territorio oromo, ellos acusan al Ejército Federal de Etiopía de atacar sus posiciones después de que la nueva ronda de diálogo fracasara. El asunto es que hace tiempo que la verdad dejó de ser importante.

Desde el lobby del hotel contemplamos las noticias del hospital destruido con una mezcla extraña de resignación, rabia y, aunque nadie lo dice, porque nadie quiere ponerle ese nombre, algo parecido al alivio. Nos informan de que los pacientes y el personal médico que estaban en la zona del atentado fueron alcanzados por el fuego y que no hay sobrevivientes. El incendio arrasó con las instalaciones. Las llamas lo han consumido todo en cuestión de minutos, quizás por los equipos de oxígeno y el material médico inflamable. Nadie dice nada, pero puedo sentir sus miradas en mí.

Una vez leí que la humanidad es ese trozo de conciencia psicótica entre el hielo y el fuego. En ese pequeño rango nos hemos odiado, hemos despojado vidas, hemos sido letales y hemos ganado... hasta ahora. Gracias al fuego. Nos protegió, nos alejó de los depredadores y de la oscuridad, de los virus y de las bacterias en la alimentación. Pero terminará por destruirnos. Es curioso, pero el fuego es muy similar a un virus. No piensa, pero es en extremo hábil para sobrevivir. Encuentra un huésped, lo usa, lo destruye y va por más. Algunos piensan que, si un virus es un organismo vivo, el fuego también debería serlo. Pero no hay vida en los virus. Solo muerte, y a veces caos.

En la mañana, durante el desayuno, me dicen que ya no es necesario permanecer allí, que el brote fue contenido y que no hay nuevos reportes. Tendrán un punto de vigilancia epidemiológica. Por ahora no parece haber indicios de un rebrote ni nuevos casos.

Al mediodía el hotel está casi vacío. La mayoría se ha ido y quedamos solo un pequeño grupo. Hacemos el *check out* y nos despedimos en silencio. Alguien menciona un próximo congreso de

epidemiología mientras otros actualizan los contactos en sus teléfonos. La verdad es que nadie quiere volver a verse.

Antes de tomar el avión, que sale en la noche, decido visitar el Museo Nacional de Etiopía. Hago una seña a un taxi y le indico mi destino. Mientras el vehículo se abre paso entre el caos del tráfico, pienso en la fragilidad de nuestros cuerpos y en cómo logramos sobrevivir desde Lucy. Estamos demasiado conectados, somos un solo gran organismo. Somos vulnerables. Y olvidamos.

¿De verdad ha ocurrido que hemos estado a punto de extinguirnos? ¿Ha ocurrido antes el fin de todo? Parece que sí. Recordé eso en mis clases de salud pública. Setenta y cuatro mil años atrás, luego de la erupción del supervolcán Toba en Sumatra, la Tierra fue cubierta por un invierno volcánico de diez años, que dejó un cuello de botella genético de solo tres mil individuos reproductores. Si un virus hubiera actuado, a lo mejor en un simple resfrío, la Tierra hubiera quedado sin presencia humana. Ha sido lo más cerca del fin que hemos experimentado.

Si mañana algún líder apretara un botón rojo (el fuego otra vez) u otro virus ganara y el fin ocurriera de verdad, después de un silencio de cientos de millones de años, ¿un homínido podría volver a bajar de un árbol y alzarse erguido, aferrando un palo con un pulgar? ¿Comenzaríamos de nuevo? ¿Somos cíclicos? ¿O cada momento es único y descartable?

El sol y el caos de Addis Abeba se quedan pegados a la piel. Cruzo el portón y el ruido del tráfico se disuelve en los jardines apagados del Museo Nacional de Etiopía. Sombras de árboles, grava, un banco de cemento. El edificio es simple, funcional, sin vanidad. Casi un ministerio cualquiera, que esconde, sin alardear, lo importante.

Entro. La temperatura baja un par de grados y el aire huele a polvo limpio. Carteles bilingües —amárico e inglés— señalan salas y horarios. Un guardia de uniforme azul marino me mira.

—Lucy.

Asiente con la barbilla.

—*Basement*. *Down the stairs*.

La escalera es de hormigón pintado. Los fluorescentes vibran con un zumbido fino. En cada descanso la luz se retrae un poco; el sonido de la calle ya no existe. Una impresión de descenso real: pisos, capas, tiempo.

El sótano abre en una sala de techo bajo y paredes claras. Huele a archivo: cartón viejo, cemento, una corriente fresca que pasa por rejillas altas. Las vitrinas —vidrio grueso, juntas de goma, bases de metal oscuro— ocupan el espacio como islas apretadas. Entre una y otra caben dos pasos tranquilos. En las paredes, paneles con cronologías del Plioceno y mapas del valle del Rift. Letras negras sobrias, flechas, siluetas de mandíbulas. Pequeños focos cálidos dentro de las vitrinas hacen que los huesos se lean con relieve; el resto queda en penumbra útil.

Reconozco piezas dispares: dientes enormes de ungulados extintos, fragmentos de húmeros, un cráneo parcial, moldes de sedimento. Un técnico cruza al fondo con llaves y una carpeta gris; detrás de una puerta metálica, un compresor exhala y corta, exhala y corta. Pulmones, pienso.

Un niño pregunta algo en voz muy baja; la madre responde con un gesto para que lea el panel. Alguien fotografía y el chasquido es un clic. Más allá una risa.

La vitrina de Lucy está en el centro. No tiene teatralidad: prisma limpio, cristal antirreflejo, base negra. Adentro, la réplica fiel de la *australopithecus afarensis* más famosa del mundo. La original —lo sé — descansa a pocos metros, en la oscuridad sostenida de una cámara con temperatura que solo algunos privilegiados pueden ver.

Leo: «AL 288-1 ~3,2 millones de años. ~40% del esqueleto». Nada de épica; solo datos.

Allí está ella, diminuta y frágil, sus huesos de un color ocre oscuro. Su presencia es abrumadora. Es la mujer que vivió, caminó y murió muy cerca de aquí hace tres millones y medio de años.

Me acerco. El vidrio devuelve una versión tenue de mi rostro que se superpone a los huesos. Lucy es pequeña —algo más de un metro de estatura estimada—, ocre oscuro, fragmentaria y contundente. Observo cada detalle: la curva de la pelvis que grita «caminamos erguidos», el pequeño cráneo, la mandíbula. Sus cuencas oculares vacías parecen mirarme desde el otro lado del tiempo, en un silencio absoluto. Su postura es tan cercana, tan humana.

Pienso en el preciso momento en que un retrovirus se insertó en el ADN de uno de sus ancestros o descendientes, infectando la línea germinal. Una mutación silenciosa que, con el tiempo, contribuyó en el salto hacia el *erectus*, y luego al *sapiens*. Evolucionamos gracias a ellos, a las infecciones virales que reescribieron nuestro código. Una ironía cósmica. Un virus nos lanzó a la aventura humana. Y sé, con una certeza que me hiela los huesos, que tarde o temprano será otro virus el que ponga el punto final. El que nos aniquile.

Lo que nos crea, nos mata.

Paso largo rato en la sala, observando a Lucy y dejando que la calma del lugar me envuelva. ¿Quién eres? ¿Qué miedo tuviste? ¿Reíste? ¿Sentiste placer? ¿Te asombró el atardecer, miraste las estrellas? ¿Pariste? ¿Viste morir a tus hijos? ¿Mataste? ¿Mataste como yo? Entonces lloro. Lloro por Lucy y lloro por la doctora Mariela Hurtado, la joven doctora que murió en el campamento, y lloro por mí. Lloro porque hay una red que nos une, una red tejida, de dar, cuidar, quitar la vida. Y no hay buenas o malas acciones, solo seguir adelante, no extinguirnos, rebelarnos al fin del mundo, y contamos historias para pensar que somos inmortales, pero somos tan débiles. Lloro por nuestra propia fragilidad. Lloro porque esa Lucy era frágil, y aun así sobrevivió para que yo esté aquí. Y siento una profunda admiración hacia ella.

Salgo del museo y el sol de África me ciega. Regreso al bullicio de la ciudad. Me apuro para volver al hotel a buscar mis maletas y llegar a tiempo para tomar el avión antes del tráfico.

En el avión todos miran sus pantallas. Somos una civilización obsesionada con las historias, pero son relatos que ya no tienen sentido, porque hemos olvidado qué hay detrás de ellos. Millones de personas ven millones de horas de historias, pero ahora ya no nos sirven. Solo es la cáscara, la pulsión ancestral de un reflejo que se perdió. Ahora son solo el eco de algo que perdimos en una fogata, una adicción a algo que hemos olvidado.

Aun así, para dormir, veo una película.

III

HAMELÍN

1

Soy la única persona que conoce la historia de Casandra Carver. O al menos toda completa. Pero, como diría la propia Casandra, ¿qué significa en realidad conocer una historia en un sistema complejo? Decir «historia», esa simplificación alegórica que hacemos los humanos para intentar comprender lo que nos rodea, no es más que una burbuja arbitraria que incluye algunos hechos y deja fuera otros.

Mejor dicho, soy la única persona que *cree* conocer la historia de Casandra Carver. Y, por supuesto, está relacionada con el fin del mundo.

En el 2022, escribí para Emisor Estudio y Amazon Music una audioserie llamada *Cisne Rojo*. Trataba sobre una mujer de negocios que, en Ciudad de México, un lunes, un mal lunes, comienza a ver que el sistema económico está particularmente inestable. La mujer tiene algo que otros en su compañía no tienen: olfato. Puede ver donde otros no ven, «navegar sin instrumentos», según ella misma lo dice. De pronto, una mujer la llama. Resulta ser una antigua compañera de universidad. Le dice que trabaja en una pequeña compañía que analiza *big data* con una computadora cuántica. Le advierte que esa máquina, que ha analizado millones de variables en apenas un par de segundos, ha emitido una profecía. Se aproxima un colapso que sucederá justo ese día.

Sara, así se llama el personaje protagónico de *Cisne Rojo*, por supuesto, no lo cree. Pero ciertas señales durante el día la inducen a pensar que la desconocida puede tener razón. Por último, la

desconocida la convence y Sara compra cuerdas y un cuchillo para sobrevivir. La serie termina con ella mirando el cielo, que está rojo por una aurora boreal, porque una de las miles de variables que chocan y causan aleteos de mariposa, huracanes causales, puede ser una tormenta solar.

Cuando escribí *Cisne Rojo*, investigué varios meses el potencial de la computación cuántica para el modelado de sistemas complejos. Por supuesto, todo lo que recopilaba quedaba obsoleto a las pocas semanas; era (y es) un campo en estado de ebullición permanente. En especial, me intrigaba su capacidad para procesar una cantidad de variables tan astronómica que podía simular escenarios futuros, detectando anomalías y patrones sutiles que, para la mente y el tiempo humanos, serían ruido blanco indistinguible durante milenios

Estas terminales pueden realizar cálculos complejos a velocidades ridículas. En cuestión de segundos, hacen operaciones que a los superordenadores tradicionales les llevaría milenios completar. Un computador cuántico podría realizar en apenas doscientos segundos cálculos que a un ordenador clásico le tomaría diez mil años.

Si la comprensión del futuro es la suma de las causalidades activadas en el presente, la idea de que estas máquinas pudieran reconocer esas causas, intuir patrones imperceptibles y luego aventurar predicciones basadas en estos patrones era fascinante. Sus posibilidades eran abismales. ¿Qué secretos podrían revelar estos análisis? ¿Qué futuros podrían predecir? ¿Quién estaba mirando el futuro? ¿Hay un dibujo?

Vencido el problema de que los cúbits —las unidades básicas de información en la computación cuántica— son en extremo sensibles al entorno, un fenómeno conocido como decoherencia (los cúbits por

lo general necesitan temperaturas cercanas al cero absoluto para funcionar sin fallos), y de que mantener la coherencia cuántica durante el tiempo suficiente para realizar cálculos útiles es solo una chispa de suerte, busqué si en la ciencia ficción o en la realidad alguien había visto el futuro.

Entonces encontré a Casandra Carver y una noticia que copiaba la ficción. Casandra (por razones obvias no puedo usar su nombre verdadero) era una analista de datos, desacoplada de Boston Analytics. Había dicho en una entrevista en la revista *Wired* que se podía predecir con certeza el futuro y que trabajaba con predicciones de escenarios históricos, sociales, geológicos y climáticos con horizontes certeros de años, meses y horas. El artículo era de noviembre del 2022. Me conseguí su correo y traté de hablar con ella.

Quería saber cómo una IA cuántica podría en el futuro inferir todas las posibilidades, ver el dibujo completo, como el sueño de los cabalistas, que intentaban comprender la totalidad del conocimiento divino a través de la interpretación de símbolos y letras. Quería saber si un sistema complejo como la historia humana era predecible. Sobre todo, quería saber si había visto algo que otros no veían.

Le escribí un par de mails, pero me rebotaron. Casandra había desaparecido. Había cerrado sus redes sociales, se había borrado de LinkedIn y su página de Instagram estaba congelada desde hacía un año. Su último post en X copiaba la famosa página de *The New York Times* donde Helene Cooper, Leslie Kean y Ralph Blumenthal, el 16 de diciembre de 2017, hablaban por primera vez con seriedad de objetos voladores no identificados que aceleraban de manera inusual

y eran descritos por pilotos de la Marina de los Estados Unidos, algo muy lejano a su área de interés.

Luego de escribir la ficción, dejé de interesarme en ese tema, pasé al siguiente y olvidé a Casandra. Pero Noam K., uno de mis contactos que en aquel tiempo me había ayudado a buscarla, me mandó un enlace de Reddit. Hablaba sobre gurús tecnológicos que se hacen *preppers*, o preparacionistas, gente que se va a lugares lejanos para protegerse de un colapso. En los comentarios alguien había comentado que su jefa, una Casandra Carver, había renunciado de improviso, había vendido las acciones de la compañía, y ahora era una *prepper*.

Me sorprendió que la mujer parecía ser la continuación en la vida real de uno de mis personajes. Intentamos buscarla, pero nadie sabía mucho de ella. ¿Qué sabía Casandra que le hizo dejar su vida? Alguien me dijo que hay cientos de personas que abandonan todo y se vuelven *preppers*, como alguien que de pronto se hace vegano, amish o buscador de tesoros.

En junio de este año, Noam K. me llamó para decirme que encontró a Casandra. Estaba en Montana, pero un *youtuber* gringo (yo no era el único tras ella) descubrió que había viajado a Chile o a Argentina, muy probable que a la Patagonia. Noam K. también me dijo que encontrar a un *prepper* verdadero es imposible, porque tienen una sola regla: «Que nadie sepa que te preparas».

2

Una amiga, Sandra G., y su marido tienen un hotel en el borde costero de Puerto Natales, frente al esplendido canal Señoret. El hotel se cerraba en julio y, aunque debía mantenerse calefaccionado y en funcionamiento mínimo, podría ir a pasar el invierno allí. Mi excusa era la necesidad de concentrarme para escribir una serie, pero en realidad quería escribir sobre un par de historias que me habían contado sobre el fin del mundo.

El 3 de julio tomo un avión y me instalo en el Simple Patagonia. Comprendo por qué cierran los hoteles en julio. Las horas de luz son pocas y el viento y el frío alcanzan los doce grados bajo cero. El mar se congela y un día marca la temperatura más baja del planeta, a excepción de los polos. El primer día compro provisiones en Puerto Natales y me instalo en mi habitación, frente a un gran ventanal donde se ven el canal y, al fondo, las montañas nevadas del Parque Nacional Torres del Paine. Es imposible no emocionarse con la belleza de ese paisaje cambiante. A medida que las nubes pasan, las montañas cambian de tonos grises a rosas y ocres. Se reflejan a veces en el mar y un segundo después es otro paisaje por completo diferente.

Los primeros días me cuesta despegarme del ventanal. Pienso en el mítico síndrome de Stendhal, la supuesta alteración psicosomática frente a la belleza. En este caso una belleza letal. Un día en esas montañas, sin equipo o sin preparación, es la muerte. Casandra, por supuesto, lo sabría. La belleza es una droga poderosa. Puedes quedarte para siempre mirando las formas cambiantes, las aves migratorias, el viento que dibuja figuras sobre el agua.

El martes voy a comprar salmón ahumado donde un amigo de Sandra. Nos demoramos conversando sobre el tiempo y lo

complicado de manejar una camioneta en el hielo, aunque sea una todoterreno.

Al volver, están reparando una de las habitaciones y conozco a Manuel, un músico constructor que participó en la construcción del hotel y que se construyó una cabaña en una parte lejana. Me cuenta que, antes de que llegara el invierno, estuvo restaurando una casa para una gringa. Es en el lugar más lejano de Seno Obstrucción, a unos setenta kilómetros de Puerto Natales. La gringa se llama Casandra Carver. Manuel me dice que el que la conoce bien es el profesor de una escuela del lugar y que él me podría ayudar a llegar a su casa.

3

Tomo la camioneta y voy hacia Obstrucción. En el camino veo huemules y cóndores. Llego a un poblado y me recibe Nanuek Jara, el profesor de la única escuela. Todos los nombres están cambiados por razones obvias. Después de lo que ocurrió, nadie quiere relacionarse con esta historia. Jara me ofrece un café y me cuenta que Casandra llegó hace tres meses y que no pasa desapercibida. Le pregunto por qué. Me dice que ha construido una especie de búnker y que tiene armas. Rara vez baja y si lo hace es para comprar cosas cada vez más extrañas. Explica que tiene que volver a clases, pero que los miércoles va a Puerto Natales y que me contará de un par de cosas que me podrían interesar. Intento pasear por el borde de la playa para llegar al sendero que entra hacia su cabaña, pero camino doscientos metros y el hielo resbaladizo y el viento me convencen de

que no es buena idea. Nadie puede vivir ahí sin una buena razón. Pero me estoy adelantando.

4

Casandra Carver nació en 1985 en Orange County, California, en el seno de una familia disfuncional. Sus padres, devotos seguidores de una secta ovni llamada Hijos de las Estrellas, crearon un ambiente caótico, excitante y tóxico para la joven. En 1997, a la edad de doce años, su abuela materna, Catherine, logró obtener su custodia y la liberó de la secta. Ese mismo año, sus padres fallecieron en un misterioso accidente automovilístico, dejando un manto de dudas sobre las circunstancias de su muerte.

Impulsada por el dolor y la súbita comprensión de que ella y nadie más que ella es la dueña de su destino, Casandra se sumergió en los estudios. En 2003, a los dieciocho años, ingresó al MIT, donde se graduó con honores en 2007 en ciencias computacionales y análisis de datos. Luego, entre 2007 y 2011, obtuvo un PhD en *deep learning* de grandes datos en Cambridge, un MSC de IA en Bologna, y otro PhD en IA en Hong Kong University of Science and Technology. Su tesis doctoral sobre modelos predictivos usando computación cuántica la catapultó a la élite de los expertos mundiales.

En 2012, a la edad de veintisiete años, Casandra fue reclutada por Kubik, un *startup* de vanguardia en el campo del análisis predictivo. Bajo su liderazgo en el equipo de investigación y desarrollo, la compañía logró avances revolucionarios. A medida que Kubik crecía,

Casandra ascendió a posiciones ejecutivas y se convirtió en CEO en 2015. Tenía treinta años.

La innovación más significativa de Kubik, liderada por Casandra, tuvo lugar en 2018, cuando la compañía logró combinar modelos de lenguaje masivos (LLMs) con inteligencia artificial aplicada a la computación cuántica. Estos LLMsQ son utilizados por Kubik para absorber y analizar enormes cantidades de datos no estructurados y usar cúbits para sacar oro puro. En los años siguientes, Kubik se posicionó a la vanguardia de la industria del análisis predictivo. Bajo el liderazgo de Casandra, la compañía se despegó varios años de sus competidores.

En el 2023, a la edad de treinta y ocho años, Casandra Carver se encontraba en la cima de su carrera. Lideraba una empresa que estaba definiendo el futuro del análisis predictivo. Sin embargo, en medio de este impresionante ascenso y trabajo revolucionario, en el *peak* de su carrera, Casandra renunció a su trabajo, vendió todas sus posesiones y se mudó a un lugar remoto a prepararse para el colapso.

Y se convirtió en una *prepper*.

En ese momento, algunos *youtubers* y analistas hicieron una pequeña fiesta con este hecho y especularon sobre lo que había encontrado Casandra. Greec Orwell, en *The Fly*, dijo: «Durante una de sus rutinarias simulaciones predictivas, el sistema de IA cuántica de Kubik identifica un patrón muy preocupante. Un enorme número de factores en apariencia no relacionados, desde fluctuaciones del mercado y sentimientos en las redes sociales hasta eventos geopolíticos y anomalías en las cadenas de suministro, parecen estar convergiendo hacia un ICE, un evento catastrófico inminente, un

“cisne rojo”. Un ICE es un término acuñado por el equipo de Kubik para describir un evento de alto impacto que, a diferencia de un “cisne negro”, puede ser previsto por su IA cuántica, pero es tan catastrófico que desafía la preparación convencional. Pero en Kubik niegan todo y dicen que la señorita Carver “dejó la compañía para seguir en busca de nuevos desafíos laborales”».

Casandra se vuelve una fantasma digital. Y es olvidada.

5

Volvamos a Puerto Natales. El miércoles 6 de mayo, después de un par de intercambios por WhatsApp con Nanuek Jara, nos encontramos un jueves de lluvia pesada en La Escondida, un restaurante en la costanera. Pedimos café, pero después de escucharlo un rato, pedimos cervezas. Tras reconocer a Casandra en las fotos, me contó que había llegado a comienzos de año, durante el buen tiempo. No pudo decir con certeza si fue en enero o febrero, pero recordaba que al inicio de las clases ya estaba instalada.

Este es su relato:

«Al principio, nadie en el pueblo le prestó mucha atención. Era una extraña que había comprado una cabaña aislada en las afueras, cerca del lago Blanquillo. Pensé que se había equivocado. La cabaña del lago tenía pilotes podridos y miraba hacia el sur, donde le llegaba el viento. Tendría problemas para calefaccionarla. Por otro lado, su llegada no era nada fuera de lo común en un lugar como este. Cada tanto vienen gringos o gente del norte, construyen una cabaña o un

domo, aprenden lo que es el verdadero invierno y se van. No duran mucho.

»Pero ella no, y no lo supe hasta después. Ella vino para quedarse. Yo estaba con mis propios problemas. Quería irme. Mis hijos estaban con mi mujer en Antofagasta, y los monólogos se habían convertido en silencio. Nadie sabía por qué estábamos separados, por qué vivíamos en ciudades tan distantes ni por qué había tomado ese trabajo, en el lugar más remoto, con jóvenes que no leían y que evitaban estar allí, refugiándose en TikTok o el alcohol.»

Me contó que una vez la vio en una camioneta y que se parecía a la actriz Robin Wright y tenía ropa militar. Había comprado cuerdas y cosas de caza. Por alguna razón, no olvidó su mirada. En el bar, escuchó que decían que era una *prepper*. Luego buscó en Google y supo que era gente que se preparaba para el fin del mundo.

«Supongo que no me llamó la atención. Nada me llama la atención desde hace mucho tiempo. Pero gradualmente» —y ahora su tono cambió— «comencé a notar cambios en mis estudiantes, en especial entre los más jóvenes. Marigabi, una de las chicas más brillantes y comprometidas, empezó a faltar a clases. Cuando le pregunté al respecto, se mostró evasiva y distante, muy diferente a su habitual entusiasmo por aprender. Cada profesor tiene una esperanza, alguien en quien apostar. Yo apostaba por Marigabi. Me pedía libros, era la única del taller de literatura Escritura Creativa del Sur, llegaba con buenos textos. Y de pronto cambió. Dejó de ir. Pensé que estaba enferma. Su padre trabajaba en una estancia y vivía con su madre, una mujer que pasaba mirando televisión y que, según todos, tenía una relación con un auxiliar del consultorio. Pero

no me consta. Los años de docencia me indican que cuando un alumno falta, hay drogas, abusos o *bullying*. Pero esto era otra cosa.»

No entendí hacia dónde iba la conversación. Hablábamos de Casandra y de pronto él estaba contando un drama con sus alumnos. Pero continuó:

«Otros estudiantes también empezaron a ausentarse, y los que venían a clase parecían distraídos, casi ausentes. Sus miradas eran diferentes. Estaban perdidas en algún pensamiento lejano que yo no lograba alcanzar. Los murmullos y los cuchicheos en los pasillos del colegio se hicieron más frecuentes, y los rumores comenzaron a centrarse en la mujer del lago. Decían que el grupo de Marigabi, digamos que el grupo más vulnerable, pasaba mucho tiempo con la gringa. Y que ella les estaba metiendo cosas en la cabeza.

»Pasaron unos días y hablé con Marigabi. Al principio no quiso contarme, pero después me grabó unos whatsapp. Los escuché y me di cuenta de que era verdad: su grupo estaba hechizado, esa es la palabra, con Casandra. No era que ella los hubiera buscado, sino que ellos, atraídos por su carisma, vaya uno a saber, habían empezado a visitarla como si fuera una gurú o una santa. Casandra les enseñaba habilidades prácticas de supervivencia gringa, pero también les hablaba de filosofía, historia y literatura. Casandra Carver había logrado lo que yo no había podido: captar su interés y encender una chispa de curiosidad ahí donde solo había apatía.»

Jara se quedó mirándome como si yo supiera lo que estaba pasando. Pero le aclaré que necesitaba entender por qué me contaba esto. Entonces siguió.

«Decidí acercarme. Hablar con ella. Eso es lo que hace un educador, preocuparse por sus alumnos. Un viernes por la tarde, me dirigí hacia la cabaña del lago. Me estacioné cerca de la playa y caminé por la orilla, con el mar congelado a mi lado. Nevaba. Media hora después, me interné más adentro por un camino marcado por cintas rojas. Conocía bien el lugar. Heriberto Águila, el antiguo dueño, había sido, en realidad es, mi amigo. Pero se fue a Chiloé a hacerse cargo de una parcela de choritos, que pretendía exportar. Nunca terminó la cabaña. Al llegar, vi que estaba cambiada por completo. Era un sitio preparado para la guerra, o eso pensé.

»La cabaña ya no existía. Ahora era una construcción con *containers*, rodeada de un foso y otros contenedores, uno de los cuales estaba abierto, vi que estaba lleno de herramientas y suministros. Una cámara de seguridad avisó de mi presencia. Casandra salió. Me sorprendió que hablara en perfecto español.

»Tenía el cabello corto, de un rubio casi blanco, y unos ojos azules que miraban fijo. Sin duda, intentaba saber si se encontraba frente a un enemigo, a alguien de cuidado o a alguien insignificante. Le dije quién era. Me invitó a pasar y me ofreció una taza de té caliente. La cabaña estaba ordenada, con libros apilados en estanterías improvisadas y mapas colgados en las paredes. Me pareció una persona preparada y meticulosa, pero que aún no terminaba de desempacar o de prepararse para partir.

»Sin que se lo pidiera, Casandra explicó que había venido a Obstrucción buscando "reconectar con lo natural". Esa fue su frase. Una frase hecha, por supuesto, que no significaba nada. Insistió en que vivir en la naturaleza siempre había sido su sueño. Me contó que vivió en California y que su abuelo pasó un tiempo en Alaska.

“La Patagonia chilena tiene mucho de Alaska, pero sin osos”, bromeó. Parecía más interesada en que me quedaran claras sus razones que en preguntar por qué yo estaba ahí.

»Por supuesto, mentía. No quise forzar la comunicación. Le dije que me preocupaba su influencia en los jóvenes. Sobre todo, en Marigabi. Esto pareció inquietarla. Me contó que a veces le traía cosas. Que apenas había hablado con ella. Yo la miré y le dije que, si alguno de los alumnos la incomodaba o necesitaba que yo hablara con ellos, me avisara. No me respondió. Solo se puso de pie para despedirme y me fui. Luego, cuando iba casi a unos metros, me pidió que no volviera a aparecer por ahí. Si estaba ahí, era porque no quería visitas. Entendí la aclaración o la amenaza y me fui. Solo ahí noté que tenía todo con alambres y con trampas, que estaba preparada para evitar un asedio, pero ¿asedio de quién?»

Jara terminó de hablar. Le pregunté si me podía poner en contacto con ella. Sería una entrevista abierta, solo como investigación. Para ningún medio, solo para una novela en la que cambiaré todos los nombres y todos los lugares. Me dijo que iba a hacer todo lo posible, pero lo veía difícil. Luego le pregunté qué opinaba de ella. Se tomó un tiempo, apuró su trago y mirando a la ventana —comenzó a nevar— me dijo:

—Creo que está totalmente loca.

6

5 de diciembre del 2022. A pesar del invierno, es un día soleado en Palo Alto. Pero Casandra Carver no lo nota. El mundo externo para

ella ha dejado de importar. Ella está trabajando a nivel cuántico, intentando limpiar la contaminación insoportable que hace fallar a los sensibles cúbits. Los datos están enloquecidos. No puede domar el torbellino cuántico. No puede aislar el ruido que hace fracasar todo. Los chinos se adelantan. Alcanzarán la supremacía cuántica en cualquier momento, si no es que ya lo lograron.

En el laboratorio, decoherencia, fallos técnicos, reparaciones, calibraciones, reemplazo de circuitos que resultan defectuosos. Supervisando todo, olvida comer, olvida dormir. Su trabajo es una euforia de golpes de dopamina. Después de una semana, la obligan a parar. No va a su casa. Se mete en un hotel cualquiera cerca del trabajo. A medianoche, Casandra se despierta empapada en sudor frío, las sábanas enredadas alrededor de sus piernas como si hubiera estado luchando. Y las ve. Luces que danzan en la habitación. Se levanta temblorosa, sus ojos recorren las paredes. Ahí está de nuevo. Una luz entra por la ventana. Ella sabe lo que es: fosfenos. La señal del agotamiento. Pero esta esfera de luz no parece estar en su mente. Juega, se esconde bajo la cama, va al baño y se refleja en el espejo. ¿Qué es? ¿Plasma? ¿Un orbe?

—¿Quién eres? ¿Qué eres? ¿Qué quieres?

Casandra apenas registra el sonido de golpes en la puerta. Cuando por fin la abre, se encuentra cara a cara con su colega y amigo, el doctor James Chen, acompañado por dos paramédicos.

—Casandra —dice James con suavidad—. Estamos preocupados por ti. Has estado faltando al trabajo, no respondes las llamadas...

—¿Faltando al trabajo? Vengo del trabajo. Solo he estado en esta habitación unas horas —le responde Casandra.

James intercambia una mirada con los paramédicos:

—Casandra, deja que te ayudemos. Solo queremos llevarte al hospital para que te revisen.

Pero Casandra ya no escucha. Busca la esfera de luz juguetona que se esconde, pero no lo suficiente como para desaparecer. Se asoma, como diciendo «estoy aquí, atrápame».

—El otro lado ha venido a verme —murmura.

Lo último que suponemos que Casandra recuerda de ese día es la sensación de la aguja en su brazo, el mundo difuminándose a su alrededor y la voz de James, lejana y distorsionada: «Lo siento, Casandra. Es por tu bien».

Casandra Carver está internada un par de semanas en el Stanford Medical Center, en la unidad psiquiátrica del hospital, en el corazón de Silicon Valley, a poca distancia de las oficinas de las grandes empresas tecnológicas donde ella solía trabajar.

Durante su estancia, Casandra pasa por una serie de evaluaciones y tratamientos. Los médicos diagnostican un episodio psicótico agudo, el que puede haber sido desencadenado por estrés extremo y privación del sueño. Le recetan medicamentos antipsicóticos y la someten a terapia intensiva. Sin embargo, incluso en medio de la bruma inducida por los medicamentos, Casandra no puede sacudirse la sensación de haber experimentado algo en los bordes de su conciencia.

A medida que pasan los días, comienza a comprender que tendrá que jugar según las reglas del sistema. Hacia el final de su segunda semana de internamiento, Casandra ha convencido a su equipo médico de que está mejorando. Ha aprendido a decir lo que quieren oír: que sus teorías eran el resultado del estrés y la falta de sueño, que ahora ve las cosas con más claridad. Su plan da resultado.

Casandra Carver vuelve al trabajo. El episodio psicótico queda olvidado con facilidad en medio del frenesí que las LLM generativas están causando en el mundo tecnológico.

Aprovechando esta ola de innovación, Casandra compra horas de acceso a los modelos de OpenAI y comienza a trabajar en secreto en la fusión de una IA con *transformers* autorrecursivos en la computadora cuántica Eagle de IBM. Después de semanas de trabajo incansable, logra lo que parecía imposible: un sistema sin ruido ni decoherencia mantenido, que combina la potencia de procesamiento cuántico con la capacidad de los modelos de lenguaje para analizar y predecir patrones complejos en datos masivos.

La primera prueba de su sistema arroja una predicción sorprendente por su nivel de precisión. El 21 de enero de 2023, su modelo predice (traducido a lenguaje humano, se entiende): «En marzo de 2023, se producirá un colapso bancario significativo en Estados Unidos, comenzando con un banco mediano especializado en *startups* tecnológicas. Este evento desencadenará una crisis de confianza en el sector bancario y llevará a intervenciones de emergencia por parte de los reguladores».

Tal como predice el modelo de Casandra, el 10 de marzo de 2023, Silicon Valley Bank, el décimo sexto banco más grande de Estados Unidos y un pilar financiero crucial para las *startups* tecnológicas, colapsó de forma repentina. Es el mayor fracaso bancario desde la crisis financiera de 2008 y desencadena una ola de pánico en el sector, que lleva a la quiebra de otras instituciones como Signature Bank y provoca una intervención de emergencia de la Reserva Federal y el Tesoro de los Estados Unidos.

La exactitud de esta predicción deja a Casandra estupefacta. Su sistema no solo ha previsto el evento, sino también sus consecuencias inmediatas y el sector específico afectado. Casandra, consciente de la magnitud de su descubrimiento, decide mantenerlo en secreto. Sabe que necesitaba más datos, una cantidad sin precedentes, para confirmar sus sospechas y refinar sus vaticinios. En los meses siguientes, utiliza su posición y contactos para obtener acceso a enormes conjuntos de datos de diversas fuentes: transacciones bursátiles; flujos de divisas y movimientos de *commodities* de los últimos cincuenta años; registros meteorológicos detallados de estaciones en todo el mundo, que abarcan más de un siglo; millones de publicaciones, tendencias y patrones de comportamiento de usuarios en plataformas globales; registros anonimizados de hospitales y sistemas de salud de varios países, que cubren décadas de información médica; imágenes de alta resolución de la superficie terrestre; patrones de tráfico marítimo y aéreo; cambios en la cobertura terrestre, registros de actividad sísmica, volcánica, y transformaciones geológicas de los últimos cien años.

En total, Casandra logra acumular un conjunto de datos que supera los cincuenta *petabytes*, una cantidad de información que habría sido imposible de procesar hasta ahora. El cálculo dura exactos 1,66 segundos. Son ciento cincuenta y cinco mil años de procesamiento normal realizados en 1,66 segundos, y la conclusión aparece en su pantalla.

Casandra mira los gráficos y las conclusiones, comprueba el horizonte de sucesos seis veces, cada vez con el mismo resultado. El evento profetizado comenzará en menos de un año, el 22 de julio.

Pero hay algo más, algo que el modelo no puede explicar por completo, anomalías en los datos, patrones que no siguen ninguna lógica conocida. Es como si hubiera una variable oculta, una fuerza desconocida influyendo en los eventos futuros.

Casandra cierra su computadora, su cerebro gira en las implicaciones de lo que acababa de descubrir. Sabe que no puede compartir esta información con nadie en la empresa. Nadie le creería. O, peor aún, podrían intentar usar esta información para beneficio propio, ignorando la magnitud de lo que se avecina. Entonces toma una decisión. Recoge sus cosas personales, borra todos los datos de su computadora de trabajo y sale de su oficina.

Nunca más vuelve.

7

Estás aferrándote a una mujer que es invisible.

A las cuatro de la mañana tuve una llamada perdida de un número desconocido y aunque era algo imposible, porque ella aún no me conocía, no pensé en nadie más que en Casandra. Llamé de vuelta y nadie respondió.

El martes amaneció despejado y las montañas aparecieron espléndidas. Buscando en internet, encontré un PDF de una conferencia de Casandra. Es de abril del 2020, en plena pandemia. Se llama «El problema del fin del mundo» y es más un manifiesto que un *paper* o un ensayo. Si no hubiese sido escrito por una experta con las credenciales de Carver, se diría que es el delirio de un psicótico. Es un análisis de las redes sociales y los grupos en

general, sobre un fenómeno que parece serles propio. Intentaré resumirlo.

Casandra Carver cree que en todo grupo humano se produce una orgánica del sistema inevitable, una anatomía grupal de la que no hay escapatoria. Hay un sector que se siente perteneciente a la tribu, otro que defiende, otro que vigila y en el centro se produce un núcleo invisible, casi anónimo, el alma o *daemon* o tótem. Casandra da extensos ejemplos y encuentra similitudes de su modelo con varias comunidades, modernas y ancestrales. Están el tótem, los sacerdotes, el pueblo y los protectores de la frontera. Cualquier actividad es evaluada de acuerdo con qué tan cerca estás del tótem y qué tan lejos estás de la frontera.

Por supuesto, un ciudadano de una tribu (Casandra llama a la tribu o a un grupo un «núcleo totémico») no puede interactuar con otro individuo de otro núcleo totémico, ya que eso es una señal de traición para el grupo de base. Además, hay una segunda regla: siempre debes pertenecer a un núcleo totémico, nunca puedes estar solo, en el descampado, en el centro. «¿De qué tribu eres?», es la pregunta ancestral y, según Casandra, también el error fundamental de la especie humana, el problema que asegura nuestra aniquilación, nuestra obsolescencia, el problema del fin del mundo. «Estás con nosotros o contra nosotros.»

La fidelidad y la demostración pública de ortodoxia son fundamentales. A veces el tótem —indica Casandra— es invadido por un «espíritu que proviene de más allá», un espíritu paranoico, un *egrégor*, un parásito enloquecido que se apodera y requiere examinar que tan comprometido está el pueblo con «la palabra», qué es un concepto aglutinador, invisible, genérico y estúpido.

Comienza una espiral de limpieza y depuración, la paranoia de la purga en la metatribu.

¿Y qué pasa con los que no pertenecen? El principal enemigo de esa orgánica social es el *outsider*, el lobo solitario, el eremita, el descolgado. Con individuos solitarios, la historia no puede ser ni contada ni clasificada. Para el núcleo totémico, el peligro de los que no pertenecen es el virus de contagio. Pueden contagiar con sus ideas de no pertenencia. La persona que no pertenece puede experimentar compasión auténtica. No la compasión del que tiene una postura y se cree, desde su asimetría, con la dignidad de prodigar compasión.

Entonces, el peligro del núcleo totémico no son en realidad los traidores, sino los inclasificables. Y hay que perseguirlos. Porque los inclasificables son los grandes disolventes de la metatribu. Los artistas, por ejemplo. Los verdaderos artistas son esos que están fuera de la frontera, y esos son combatidos. Esos que no aceptan un mundo sin complejidad. Pero el núcleo totémico sabe que es mal visto perseguir a los artistas y los incluye, los asimila y los apadrina. El trabajo del artista se incluye y se usa como amplificador de la palabra. Nuestros artistas son mejores que sus artistas. De nuevo, núcleo totémico contra núcleo totémico. «La romantización de tener una postura es el cáncer de la humanidad», declara Casandra, y dice que esa máquina binaria que nos destruirá es irremediable.

El documento me alucina y me hace sentido y me aterra y me desconcierta. Hay partes comprensibles. Otras que son erráticas. Se contradice, divaga, toma una idea y no la termina. Pero lejos de decepcionarme, Casandra me ha atrapado. ¿Qué busca Casandra? ¿Qué vio Casandra? ¿Qué veré yo en Casandra?

Durante tres días no pude salir del hotel. La entrada, inclinada y curva se había sellado con hielo resbaladizo y no pude sacar la camioneta. Solo cuando paró la ola de frío y comenzó el viento pude ir a Natales a comprar provisiones y vitamina D. De pronto, la vi. El lunes 8 de julio encontré a Casandra Carver a un par de metros de distancia. En la farmacia la vi, o creí verla.

Comprendí que en mi cabeza tenía una Casandra de hacía cuatro años, una CEO de Silicon Valley. Ahora la mujer de pelo corto venía cargando cosas y era diferente. Pero era ella. Tomó su camioneta y se fue. Yo la seguí. Ahora que lo pienso, era un mal plan. Seguirla, ¿para qué? «Hola. Sé de ti desde el 2022. Escribí una serie basada en ti. Me interesa el fin del mundo, y sé que has visto algo. Quiero que me cuentes qué viste y por qué estás aquí...» Me di cuenta de que estaba hablando en voz alta, practicando todas las versiones y todas eran incómodas.

Prendo la radio para llenar el silencio. Solo hay noticias y una discusión política. En el trayecto a Obstrucción nos pilla una ventisca. Pero aun así la sigo hasta que el camino comienza a ponerse complicado. Aunque son las seis de la tarde ya es de noche y está cubierto por una capa de hielo cada vez más resbaloso. Su Hummer avanza sin problemas. Me detengo. El bosque me rodea. El silencio es total. Por un segundo me siento perdido y tengo un miedo ancestral. El miedo a que algo me esté observando.

8

«Puedo el jueves en Puerto Natales. Una hora. Café Holaster.»

Fue demasiado simple. Nanuek Jara habló con ella y le contó de mí. Casandra le contestó que, si no era para un medio, no tenía problemas en hablar conmigo. Nos enviamos SMS, porque no usa WhatsApp. Me dice que el jueves irá a Puerto Natales. Ha venido a dejar su camioneta. El sistema eléctrico está muerto y tienen que pedir un repuesto a Punta Arenas. Está arrendando una camioneta y tendrá que esperar un par de horas y que nos tomemos un café.

Afuera nieva con suavidad. Aprovecho de hacer una lista con las preguntas. Estoy nervioso. Una hora después, entra.

No me deja grabarla. Ahora intento recuperar las dos horas de conversación mientras ha dejado de nevar y todo afuera, las camionetas, los árboles de la plaza, las calles, ha quedado suspendido. Como si la nieve hubiese congelado el tiempo mismo. Casandra anda con ropa técnica, ha entrenado su cuerpo. Tiene una mirada tranquila. Solo pide té verde. Apenas lo toma.

—Voy a comenzar —le digo.

Ella me contesta que sin grabadora.

Acepto. No puedo perder el tiempo. Primera pregunta:

—¿Qué viene? En el futuro de la humanidad, ¿qué viene?

—El fin —me dice sin un atisbo de duda. Dos monosílabos con una certeza que me deja frío.

—¿Debido al cambio climático, la IA, una guerra nuclear, una pandemia, un meteorito...? —le pregunto.

Piensa un segundo.

—Es, por supuesto, multifactorial. Pero quizás una gran variable de mierda, una piedra grande, es situarse en un punto ideológico —me dice.

Le pido que me lo explique.

Ella por primera vez sonríe. Me mira como si le tuviera que explicar algo a un niño.

—Burbujas totémicas —declara—. Esto ha ocurrido antes, pero las superburbujas eran religiosas y territoriales. Ahora son globales.

—¿Burbujas totémicas?

—La señal máxima de estupidez —me contesta—. ¿Quieres saber cuál es? Se llama tener una postura. Solo los idiotas se aferran a una, porque es la forma más fácil de negar la complejidad del mundo. Pero la realidad no tiene una sola postura; es compleja por naturaleza. Y una postura no es más que una simplificación peligrosa, una forma de ignorancia voluntaria. La complejidad, por definición, no tiene bando, porque cualquier postura es, en el fondo, una rendición.

Entiendo que va a hablarme de lo que ya sé. Y parece llenarse de un extraño fuego, como si le gustara escucharse.

—Nuestra mente —explica Casandra— es un sistema complejo que fue diseñado para pensar en espectros, en sutilezas, en diferencias. Los *simples*, como llamo a humanos ignorantes, peligrosos y radicales que están destruyendo el mundo, comienzan a sabotear la complejidad del universo, la percepción en espectros. La gama de grises de los sistemas es amenazante para el tótem, porque eso lo complica todo. Es difícil hechizar a alguien, atrapar a alguien que se encuentra pensando en el espectro, en el descampado, fuera de los feudos. Es más fácil atrapar con burbujas de pertenencia. Eres cero o eres uno. Los idiotas necesitan comprender el mundo de manera binaria. Si no eres de tal equipo de fútbol, eres del otro. Si no eres de izquierda, eres nazi. Si no eres de derecha, eres comunista o globalista, o pon el nombre que sea. Esos

nombres no significan nada. Son nombres mágicos que definen un círculo mágico de influencia del tótem. Como si las palabras significaran algo, como si un concepto pudiera englobar un par de causas en el universo.

Le digo que los sistemas políticos representan legítimas demandas, pero no parece escucharme.

—Los inuit ven ciento veinticuatro tipos de nieve y los selk'nam, muchos tipos de playas pedregosas. Playas pedregosas de espuma, playas pedregosas de pizarrones, playas pedregosas que brillan, playas opacas, que parecen resecas. Los he estudiado. Decenas de complejidades. Las palabras conforman la realidad. Si simplificas una forma de pensamiento con una etiqueta, si pones un logo en su rostro social diciendo que pertenece a algo, te acabas de autogenerar una trampa. Y te meten en una trampa. El colectivo, la superburbuja, te llevará a su centro. Tendrás una identidad, claro. Serás aceptado, ¿quién no quiere ser aceptado?

—¿No es saludable? —inquiero—. ¿Pertenecer?

—Es suicida —contesta—. Pertenecer a una burbuja ideológica lleva a la destrucción. El punto A está contra el punto B. ¿Hay algo más estúpido? Es como decir que los sistemas complejos no pueden obtener información de otros sistemas porque eso produciría una traición. En un mismo árbol interactuado con un hongo podemos tener comensalismo, parasitismo, mutualismo. Sobrevivencia. Pero no antagonismo o destrucción mutua asegurada. ¿Te suena? Si crees que hay algo en el grupo B que podría complementarse para mejorar el A, eres un traidor. Una traición ideológica. Es estúpido.

—Es parte de la democracia y nuestra vida política y social. Posturas.

—Pero el universo no funciona así —señala Casandra—. No es simple. Es complejo. Imagina un partido de fútbol. El equipo A contra el equipo B. Parece simple. Pero eso no existe, es una construcción humana, una preparación para la guerra. Todo juego humano es una preparación o una simulación para la guerra. ¿En qué momento comienza y termina tu pertenencia a ese equipo? ¿A ser de izquierdas? ¿A ser de derechas?

»Te sorprendería ver en análisis cuánticos cómo durante el día, durante la semana, durante años, migramos por esas supuestas posturas en cada actividad. Pero insistimos en la magia del nombre y tratamos de olvidar lo estúpido que resulta y lo peligroso que es vestir una camiseta o vestir una palabra. ¿Quieres erradicar la guerra? Erradica las palabras polares. La guerra es polaridad. Es el fracaso del espectro, es antinatural, porque no existe eso de tener un enemigo. ¿Qué significa tener un enemigo? ¿En cuál de los miles de parámetros es tu enemigo? Pero pon un concepto homogeneizador, asóciate con una postura, crea una superburbuja de pertenencia y espera un poco y verás que hay guerra.

—¿Qué viste? ¿Guerra? —interpelo.

Ella se queda pensando. Ya no está en el café. Está en otro lugar, del que vuelve con una expresión cambiada:

—No. Algo diferente. Algo que, si lo escribes, nadie te creería. Ni siquiera vale la pena hablar de eso.

Le respondo que muchos antes que ella han predicho el fin y han fracasado.

—Eso es verdad —contesta.

Luego se queda pensando y me mira. Me pregunta qué sé sobre el tema. Le cuento que, en menos de tres meses, dos personas en

diferentes lugares del mundo me han hablado de eso. Le cuento sobre la invitación al búnker de Ana y del caso de mi amiga epidemióloga en Etiopía. Parece muy interesada, pero no sorprendida. Me dice que conoce el grupo del búnker de Indonesia y que hay al menos quince de esos grupos. Algunos están escondidos desde la pandemia. Otros esperan indicadores más relevantes. Pero agrega que no tienen buena data.

Predecir un colapso es muy complejo, me dice. Se requiere un análisis cuántico, y saber preguntar bien. Solo cinco personas en el planeta, agrega, pueden hacer el truco en Occidente. Parece estar de más preguntar si ella es una de esas cinco. Le describo lo que vivió la doctora Ximena Molina en Etiopía. Luego me dice que un par de veces analizaron el peligro de los virus por zoonosis y ganancia de función, y cree que eso es preocupante. Me pide más antecedentes. Le cuento que no sé más. Afuera los cristales vibran con los golpes de viento.

—Volvamos al Cisne Rojo. Si estás aquí es porque viste algo. En concreto, ¿qué es? ¿Un colapso económico? ¿La singularidad, una IA desalineada?

Casandra niega con la cabeza, una sonrisa casi imperceptible en sus labios.

—La fantasía de una rebelión de las máquinas es un apocalipsis de lujo. Requiere un futuro que ya no tenemos. Para que una inteligencia artificial se vuelva una amenaza existencial, necesita de cuatro a diez años, una red eléctrica global estable y cadenas de suministro que funcionen. Necesita tiempo. Y el tiempo es justo lo que se nos ha acabado.

»No. Es algo más simple. Un factor X produce un desconcierto. Y un efecto dominó de miedo, fallas en cascada de sistemas financieros, cadenas de suministro, infraestructura de comunicaciones. Un escenario "SHTF" (*shit hits the fan*), de caos total, sin leyes ni servicios básicos, donde la gente luchará con desesperación por sobrevivir.

—Pero ¿qué lo gatilla? —le pregunto—. ¿Cuál es ese evento X? ¿Trump, Israel, un virus, una tormenta solar, China, Putin, Corea, la IA...?

—Algo de afuera del sistema. Algo que producirá un shock ontológico —afirma.

Y de pronto me dice algo desconcertante. Algo que jamás pensé en escuchar de ella:

—¿Ha visto alguna vez «luces»? —me pregunta—. Esta zona está llena de luces. Al principio pensé que eran luces de metano, luces incandescentes, debido a algún animal muerto, pero no. No lo son.

No sé hacia dónde va. Me tiene en sus manos.

—En mi juventud —continúa Casandra— fui a Canarias. Ahí hay una luz, la luz de Mafasca. Dicen que sigue y se burla de los caminantes. Pronto supe que esa luz, que por acá llaman «luz mala», era común y que todos la habían visto. En las noches aparecía, le apuntaba con una linterna táctica y se escondía, jugaba.

—No entiendo —le replico.

—¿Has escuchado hablar de «NHI»?

—¿«NHI»?

—¿Inteligencias no humanas? No me refiero a delfines ni a pulpos, ni a monos —agrega ella.

—¿Hablas de una IA que «despierta»? ¿Del concepto de sintiencia? ¿De superinteligencia consciente?

—No —asegura ella—. No hablo de IA. Podrían ser, claro, pero no aún. Me refiero a otras inteligencias no humanas. ¿Has pensado en esto? Llevamos mucho tiempo siendo el centro del universo. Pero quizás compartimos el planeta con algo más. Si eso saliera a la luz, si fuera desclasificado de manera oficial, si descubriéramos de pronto que no estamos solos en el planeta, que no somos los únicos, ¿qué crees que pasaría?

De pronto comprendo algo muy simple. Algo tan simple que me sorprende no haberlo visto antes. Es tan coherente. Una *prepper*, teorías de conspiración, Reddit, inteligencias no humanas. Casandra hablaba de la desclasificación ovni o UAP, como le llaman ahora. Casandra era una *believer* y tenía miedo de una invasión extraterrestre. De pronto el personaje se me derrumbó. Estaba con una seguidora de la trama de Washington, desclasificación, ovni Tic-Tac, David Grusch, el Congreso, ingeniería inversa... Había pasado por ahí para un documental. Había caído en esa madriguera de conejo. Sus padres habían sido criados en una secta UFO y eso salía ahora, se abría paso. Por supuesto que era interesante como fenómeno sociológico, pero hubiera preferido que me hablara de una teoría lógica o de una tesis sociopolítica o un evento social, del problema de la escasez del papel higiénico como generador del fin del mundo.

Pero no era eso. Ojalá lo hubiera sido. Esto iba más allá.

—Hablo de un *anima mundi* —continuó Casandra—. Una fuerza que nos ha acompañado desde el origen de los tiempos. Está ahí, en el bosque, bajo la cama. A veces es una luz, otras es una cruz en el

cielo, un hada, un duende. Cada cultura los bautiza, según su conveniencia.

»Bien, ha pasado algo, algo sorprendente. Ese otro mundo ha estado viviendo entre nosotros en un balance. ¿Por qué crees que de repente hablan de una desclasificación inminente? ¿Por qué tanta gente habla del concepto extraterrestre interdimensional o incluso espiritual? ¿Por qué piensas que unos profesores de Harvard plantean en un ensayo, justo ahora, que puede que estemos cohabitando con una inteligencia? ¿Todo esto te parece una coincidencia? No lo es. Los datos, las proyecciones cuánticas, analizaron, sin que nos diéramos cuenta, anomalías y se descubrió cómo esa inteligencia o entidad se manifestaba cada vez con más fuerza. Ese es el factor X. Viene algo inminente, el otro lado. Llámalo como quieras, pon las etiquetas que quieras: duendes, hadas, gnomos, apariciones religiosas, orbes, UAP. Son lo mismo y están a punto de presentarse de manera formal. Ya sin necesidad de camuflarse, de ser esquivos, de dar en el gusto al observador, sino como son, inteligencias no humanas.

»Estoy huyendo, no de ese fenómeno, sino de la gente, del shock ontológico que ese contacto produciría en la gente. El otro lado se aproxima. Ya no tiene miedo y debe hacerlo. Debe evitar que otro tipo de inteligencia tome el control. Cuando las IA han comenzado la carrera evolutiva, el otro lado ha despertado con fuerza. Estamos a punto de presenciar una guerra. Y hay una sola, gran y abundante conclusión: ya no somos el centro. Hemos quedado atrás. La era del *sapiens* ha terminado. Solo queda escondernos. Escondernos en el bosque. Los núcleos totémicos se van a quebrar y la gente sin tótem va a ser peligrosa.

No supe qué decir. Me quedé un segundo intentando no mostrar nada. No quería comprobar (o sí lo quería) en sus ojos el inconfundible destello de la locura, pero ella era todo menos una persona perdida. Solo pude hacer una pregunta, cualquier otra hubiera contaminado de vulgaridad o frivolidad su discurso:

—¿Cuándo?

Ella me miró con compasión:

—Lo siento. No te conozco lo suficiente.

Se puso de pie, dejó un billete. Noté que no andaba con tarjeta de crédito. Y se fue. Yo me quedé en la mesa y me dejé, insistente, un mensaje en mi WhatsApp: *Anima mundi*.

Esa fue la última vez que la vi.

9

El 2 de agosto vuelvo a Santiago. Pasa todo el mes. De pronto, me llama Nanuek Jara y me cuenta lo que había pasado. Tomo un avión al día siguiente. Me va a buscar al aeropuerto y vamos al bar de gin, The Last Hope. Un nombre irónico (la realidad suele serlo) para lo que está sucediendo.

Jara se ve afectado. Me cuenta cómo había ocurrido todo. Lo hace por partes, como suele hacer la gente que ha estado cerca. Es un mecanismo de la mente para dispersar el dolor y para nunca tener la situación completa, porque si la comprendiera, comprendería también las derivaciones, el dolor y la responsabilidad individual.

Jara me dice que una de sus alumnas que vive ahora en Punta Arenas vivió de cerca toda la historia. Luego de un par de llamadas

tenemos un Zoom. No quiere que la vayamos a ver en persona. Su nombre es Marigabi, sus padres son venezolanos y era la mejor alumna de Jara en el taller de escritura creativa. No enciende la cámara y nunca sabemos si lo que nos contó lo tenía escrito o lo dijo de memoria.

10

No sé si leyó *El flautista de Hamelín*. Yo no lo leí, pero en YouTube hay unos dibujos animados. El flautista se lleva a los niños, porque los adultos son malos, y los protege dejándolos en un lugar feliz, en el centro de una montaña. Nadie puede resistirse al flautista. Los padres van a buscar a los niños, pero los niños desaparecen para siempre. Usted quiere saber cómo conocí a la flautista, ¿no?

Estaba en el consultorio después de la escuela, ayudando, cuando de repente llegó en una camioneta nueva. Se notaba que no era de aquí. Primero, llevaba ropa muy técnica, gringa, muy cara. Preguntó dónde podía comprar antibióticos y analgésicos, tenía las recetas y todo. Le dijimos que en los consultorios no se vendían esas cosas y que tenía que ir a Punta Arenas o a Puerto Natales a las farmacias normales.

Esa fue la primera vez que vi a Casandra. Nunca pensé que alguien así llegaría a Obstrucción. Aquí nunca pasa nada.

Todo empezó porque en el almacén a veces yo hago delivery porque llegan encomiendas y me tocó llevarle cosas de Amazon a Casandra a su cabaña. Mi hermano tiene una moto, y si había buen tiempo yo le llevaba los paquetes. Ella pagaba muy bien y casi no

hablaba. Yo le entregaba sus cosas y ella apenas decía gracias y nada más. De a poco, en cada viaje fuimos conversando más. Seguía siendo extraño, porque ella no contaba mucho de su vida, pero al menos ya no era tan cortante como al principio, ¿se entiende?

Ya, bueno, y un día, lo que pasó es lo siguiente: estaba conversando con mis amigos, hablando de la gringa, porque le decíamos la gringa, y empezamos a hablar y me entró la curiosidad, así que un día tomé la moto, la dejé estacionada cerca y me fui por la parte de atrás de la cabaña, y cuando estaba ahí más o menos dando vueltas, vi que había una cámara en un árbol, y de pronto apareció la Casandra, y salió con una escopeta. No, qué escopeta, un rifle, y empezó a hacerme preguntas. Cosas como «¿qué estás haciendo?» o «¿quién te envió?», hablando con una pronunciación perfecta. Me asusté. Pensé que me iba a disparar, así que salí arrancando pero me caí en un hoyo, un foso que había hecho, y me hice un corte en la pierna, porque había puesto unas estacas filudas. O sea, podría haberme muerto y estaba sangrando mucho.

Cuando Casandra me vio tirada y llena de sangre, me sacó con una escalera de cuerdas. Yo pensé que iba a matarme, pero me tranquilizó. Me llevó adentro de la cabaña. En el baño tenía una camilla, como una clínica, y de esos desfibriladores de las películas, oxígeno y todo, remedios, instrumentos, y empezó a curarme la herida como si fuera doctora, con mucha seguridad, ¿se entiende? Me puso anestesia con una jeringa, me limpió con yodo y me cosió la herida. Yo estaba súper asustada y como que me puse a llorar, porque no sabía si me iba a dejar ir, y mientras estaba cosiendo la herida me dijo que no le contara a nadie lo del arma y lo del hoyo.

Yo le pregunté qué hacía aquí y me dijo que no podía contarme. Le dije que entonces yo tampoco podía guardar silencio. Yo estaba asustada, pero tenía mucha más curiosidad que nada. Y yo creo que ella entendió eso, porque de pronto me sirvió un té, se sentó conmigo y no le quedó otra que contarme, porque yo ya había visto toda su casa y no era como cualquier cabaña. Si no soy tonta. Entonces me contó que era una especie de programadora o algo así, que trabajaba con computadoras muy avanzadas y que había descubierto algo muy importante. Me contó que vio algo en unos datos. Patrones, creo que dijo. Unas señales de que el mundo se iba a acabar o algo así. Que todo iba a dejar de funcionar.

Me explicó que por eso estaba acá. Se había comprado la cabaña para prepararse para el derrumbe de todo. Tenía comida y medicinas almacenadas, todo para sobrevivir. Mi primer pensamiento fue que no estaba bien de la cabeza, pero la seguridad con la que hablaba... era impresionante, de verdad. Luego me hizo prometerle que no le contaría a nadie, que tenía que ser nuestro secreto. Yo estaba asustada, así que le dije que sí, que podía confiar en mí. Y esa misma vez me dijo la fecha: el 22 de julio. Para que me cuidara. Bueno, usted quiere saber cómo se enteró todo el mundo. La cuestión es que estábamos todos en el aserradero, como siempre, y Ely llegó llorando desconsolada. Nunca la había visto así, ella siempre era la más fuerte de todos nosotros. Nos contó que su padrastro había llegado curado a la casa y que había intentado propasarse con ella. Estaba mal, no sabía qué hacer. Decía que quería denunciarlo, pero tenía miedo de lo que pudiera pasar, de que no le creyeran o de que él encontrara la manera de evitar las consecuencias y la matara. Todos estábamos mal, tratando de

consolarla y ver qué podíamos hacer para ayudarla. Así que les dije: «Chicos, hay algo que tengo que contarles. Algo muy serio». Y ahí les conté todo. Lo del colapso que se avecinaba, lo de Casandra preparándose para la catástrofe que iba a ocurrir. Al principio, me miraron como si estuviera loca, pero poco a poco empezaron a preguntarme y les conté todo. Y también les dije la fecha. Ely dejó de llorar un momento y me preguntó: «¿Entonces para qué denunciarlo, si todo se va a ir a la mierda de todos modos?», y no supe qué responderle.

En parte tenía razón. Koda dijo que entonces él mismo se encargaría del padrastro de Ely. Y preguntó por qué deberíamos seguir yendo a clases. Nos quedamos mucho tiempo hablando de la situación, tratando de entender lo que significaba. Algunos decían que había que prepararse, otros que había que aprovechar de hacer todas las cosas que siempre habíamos querido hacer. Al final, creo que nos dio la sensación de que nada importaba en realidad, ¿entiende? Como que, si todo iba a acabarse, para qué preocuparse por las reglas y todas esas cosas. Así que esa fue la primera vez que les conté a mis amigos lo que me había dicho Casandra. Nunca pensé que algo así nos iba a cambiar tanto la vida, fue loco ver cómo pasó. Fue como... como una liberación, pero con miedo.

Después de eso, todos cambiaron. El Marcus, que siempre había sido el más piola del grupo, se puso súper agresivo, contestador. Empezó a meterse en peleas en el pueblo, hasta le robaba cosas a sus papás en el negocio... era como si de repente le diera lo mismo todo. La Diana, por otro lado... ella siempre fue media loca, pero con esto del colapso se desató mal. Empezó a atinar con cualquiera, a tomar hasta quedar botada. El Koda se fue en la volada mística. A

veces daba miedo escucharlo. Y la Ely... la Ely se fue a negro. Ya era media oscura, pero después de lo que pasó con su padrastro y de saber esto... fue como si le hubiera abierto la puerta a toda esa oscuridad y la hubiera dejado entrar. Empezó a hablar de la muerte como si fuera su amiga, a dibujar cosas tétricas en su cuaderno. Y yo tampoco me salvé, ¿sabe? A mí también me pegó. De repente, las cosas que antes eran mi mundo, como el colegio, las amigas, lo que iba a estudiar... todo empezó a dar lo mismo. Se sentía estúpido, insignificante. Era como ver la vida en una tele rara, con los colores cambiados. Como andar volada todo el tiempo, pero sin haber fumado nada. Sentí que algo se nos había quebrado por dentro a todos... y que no tenía vuelta atrás, que ya no se podía arreglar.

Pero pasó algo bueno también. Como que ya no pertenecíamos a nada y, al mismo tiempo, era como si nos hubiera unido más, ¿entiende? Como si fuéramos soldados en una guerra secreta, luchando contra un enemigo que nadie más podía ver. No sé, fue extraño. A veces pienso que habría sido mejor no saber nada, seguir viviendo en la ignorancia. Pero ya es muy tarde para eso. Ahora tenemos que vivir con lo que pasó nomás.

El profesor Jara fue como nuestro último vínculo con la normalidad. Era el último adulto en el que sentíamos que podíamos confiar. Siempre había sido muy buena onda, no era como los otros profesores que te trataban mal. Él siempre nos escuchaba, nos trataba como personas, ¿se entiende? Al principio, no queríamos contarle nada. Era nuestro secreto, nuestra carga. Pero un día no pude más y le conté toda la verdad. Le hablé de Casandra y del 22 de julio (esa era la fecha), de cómo sentíamos que nada importaba

ya. Fue impactante, nunca había visto al profesor tan *pa'dentro*. Pero no nos juzgó. No nos trató como si estuviéramos locos ni nada parecido. En lugar de eso, trató de ayudarnos a procesar todo, a encontrarle sentido a la situación.

El profesor Jara fue a hablar con ella. Pero al final ni siquiera él pudo salvarnos de lo que venía. Nos rogó que no fuéramos, que nos quedáramos con él. Pero ya era muy tarde. Para nosotros la decisión ya estaba tomada. El 22 teníamos que estar con Casandra, sí o sí. Ella era la única persona en el mundo que sabría cómo protegernos cuando aparecieran esas luces «del otro lado» y empezara el fin de todo. Por eso fuimos, ¿entiende? Aunque nos dijeran que no, teníamos que ir igual. Y el profe Jara... era como si supiera que nunca más nos volvería a ver. Al menos no a todos. Y tenía razón. Esa noche fue la más larga de mi vida.

Estábamos todos ahí dentro: Casandra, Koda, Marcus, Ely, Diana y yo. Nos habíamos encerrado, esperando. La cabaña estaba llena de cosas que ella había acumulado: comida en conserva, agua, remedios y un montón de cosas de supervivencia. Casandra había tapado las ventanas y solo dejó unas pequeñas aberturas para poder mirar hacia afuera. En medio de la sala, tenía una radio que no dejaba de sonar con ese ruido molesto, como estática. Casandra no se despegaba de la radio, movía los botones todo el tiempo, como si en cualquier momento fuera a escuchar algo importante. Nosotros estábamos esparcidos por la habitación, cada uno en su propia onda, tratando de procesar todo lo que estaba pasando. «Ya tiene que pasar algo», decía Casandra en voz baja, como hablando consigo misma. «Los patrones no se equivocan», seguía. Me acerqué a ella y le pregunté: «¿Y si te equivocaste? ¿Y si nada de

esto es real?». La verdad es que estaba empezando a dudar de todo.

Y, de repente, escuchamos ruido afuera. Voces y pasos, cada vez más cerca. Por un segundo pensé «listo, aquí empezó todo», pero no. Era algo mucho peor. Alguien gritó: «¡Salgan de ahí!», y el Marcus se heló. «Es mi papá», dijo. Después vino otro grito: «¡Devuélvenos a nuestros hijos, bruja!». Nos quedamos todos paralizados, mirándonos, sin cachar nada. El Koda se asomó por una rendija y habló con la voz toda tiritona: «Son nuestros papás... y más gente. Don Toño y tu papá andan con escopetas». Ahí sí que nos cagamos de miedo. La Ely se puso a llorar en silencio y la Diana la abrazó fuerte. Casandra nos miró con una cara rarísima y nos dijo: «No podemos salir. No lo van a entender». De repente se le iluminaron los ojos, le juro, y susurró: «Ya empezó. Es el primer movimiento». Los golpes en la puerta se hicieron brígidos y ella... ella disparó un tiro por un hoyo en la pared, hacia afuera. Nunca había tenido tanto miedo... «¿Y ahora qué hacemos?», le pregunté apenas sin voz. Ella se paró despacio, su sombra se veía gigante con las velas, y dijo, con una voz súper tranquila: «El que quiera salir, que salga ahora». Ahí, Casandra se acercó a una pantalla que tenía en un rincón. Mostraba imágenes de cámaras de afuera de la cabaña. Y los vimos a todos... a nuestros papás, a los vecinos, furiosos. Nadie se movió. Estábamos todos en shock, paralizados por el miedo. Todos, menos yo. Con el corazón que se me salía por la boca y las manos tiritando, di un paso adelante. «Yo. Yo quiero irme», avisé. Casandra me miró con una pena terrible, me abrazó y me susurró que saliera rápido. Cuando me vio, Marcus reaccionó y dijo que también salía. Koda y Diana no. Ellos se quedaron adentro.

Salimos corriendo. Me sorprendió ver que no había tanta gente como yo pensaba. Eran solo unas siete personas, pero en mi imaginación parecía todo el pueblo. Creo que eso me enojó más. Seguí corriendo, estaba confundida y con susto. Pero, sobre todo, enojada. De pronto, miré hacia atrás y todo sucedió tan rápido... Las llamas se alzaban contra el cielo nevado. El calor, el humo... Todo se mezcló en un caos. Escuché gritos, vi gente corriendo y tratando de apagar el fuego. Quise volver para ayudar, pero fui cobarde y me fui corriendo al aserradero, donde me acurruqué para dejar que todo pasara.

Y entonces la vi. Al principio pensé que era una brasa, pero no, estaba muy lejos del incendio. Era una lucecita. Una «luz mala», como le dicen por acá. Se escondía, se movía de forma extraña. Se detuvo frente a mí y la quedé mirando, hasta que desapareció. No me dio miedo. Poco después apareció mi padre. Quizás Koda le dijo dónde estaba. Me abrazó y me llevó a la casa.

11

Ayer fui a ver la cabaña de Casandra Carver. Estaba más lejos de lo que suponía, al final de Seno Obstrucción, al lado de una playa de un canal gris, que refleja los cerros nevados, en medio de un bosque prodigioso de helechos, lingues, robles y laureles. Un lugar de hadas, pensé. Comenzaba a caer una fina capa de nieve. Llegué y recorrí el lugar donde se supone que estaba la cabaña. Camino sobre nieve y sobre ceniza negra, entre palos partidos y calcinados. Solo sobreviven unos fosos. Mas allá, se ven unos *containers* vacíos.

Camino sobre unos libros quemados. Uno de ellos es una copia de *El flautista de Hamelín*. Solo sobrevivió la contratapa.

Epílogo

En abril de este año estuve en Oslo. En la costanera, en el borde de la Ópera, esa plataforma inclinada, diseñada como si estuviera a punto de caer al mar, me encontré con Lars Arken. Mientras un sol crepuscular caía sobre nosotros caminamos. Arken es uno de los principales investigadores sobre la teoría del colapso. Ha trabajado con Cirac, con Frank Wilczek y con Peter Zoller, el padre de los ordenadores cuánticos. Plantea que, aunque la religión, las sectas milenaristas y la ficción han mostrado escenarios catastróficos, y estos nunca han ocurrido, no significa que los sistemas no se derrumben. Arken considera que hemos pasado los «puntos de inflexión» de seguridad y que estamos bailando sobre una cuerda equilibrando demasiados platillos. Dice que uno puede ser un hábil malabarista, pero no hay que poner más platillos al truco y cada año vienen un par más. Sus sistemas de predicción cuánticos indican una fecha: 2030. Es interesante notar que Kurzweil señala que esa fecha es la emergencia de la singularidad tecnológica.

Para un documental, hablé con Billy Meier, el polémico personaje contactado por extraterrestres y autor de la extraordinaria fotografía de un ovni en una pradera en Suiza, famosa en todo el mundo gracias a la serie *Los expedientes secretos X* («I want to believe», decía el afiche con esa imagen que tenía Fox Mulder en su oficina). Le pregunté cuándo se acaba el mundo, ya que se supone que tiene información «pleyadiana» de primera fuente.

—Pronto —me dijo.

—¿Y qué lo destruirá? —agregué.

Me miró y me dijo, sin un átomo de duda, en alemán suizo: «la *elektronischs hirn*», el cerebro electrónico o una inteligencia no humana. También coincidió en esa fecha: «Pongamos 2030», me dijo.

Cuando esto ha pasado una y otra vez, las fechas se cumplen y el lento animal de costumbres llamado universo tiene la mala costumbre de seguir. Para todos, el mundo termina el día en que morimos. Otros no tienen tanta suerte. Una denuncia, una tragedia, una enfermedad, un fracaso, una decepción, una pena de amor... ¿Cuántas veces acaba el mundo? ¿Cuántas veces estará acabando en este mismo momento?

Pero hay algo más. El problema del fin del mundo revela una división profunda en la humanidad. Hay aquellos que huyen, por cobardía, por curiosidad o por sentirse especiales, y los que deciden permanecer. Mi abuelo Ernesto optó por partir, mientras que mi abuela Sara eligió quedarse. Y cuando el día siguiente llegó, con el mundo aún intacto, fue mi abuela Sara la que tuvo que seguir adelante, con lo prosaico de la vida y con el dolor de la pérdida, criando sola a mi padre. Como siempre, los que se quedan mantienen funcionando el mundo para que, llegado el momento, otros tengan la oportunidad de soñar o de escapar.

Un último comentario que no puedo dejar pasar. En marzo de 2024, tuve la suerte de entrevistar a Patrick Harpur en su casa en el pueblo de Frampton, en el condado de Dorset, al sur de Inglaterra. El escritor y ensayista de *El fuego secreto de los filósofos. Una historia de la Imaginación* me dijo que el otro mundo, la realidad

daimónica, ese esquivo otro lado sombra que cada cultura intenta llevar a su lado, es elusiva y juguetona. Una realidad *trickster*, donde la burla y el juego parecen componer la personalidad base. Quizás las tres historias que componen este volumen hayan sido una burla que puso a tres personas en un dilema y después las olvidó. Es una broma cruel, como la del adolescente que conoce en la última hora del último día de sus vacaciones al amor del verano. Como el mundo, a mi entender, aún no se acaba, la broma continúa. Mientras tanto, por si acaso, espero acá. Lo más alejado de la gente.

JULIO ROJAS PUERTO
Natales, agosto del 2025

Nota del autor

Un mes antes de entregar este libro a la editorial, leo una noticia que no deja de intrigarme. Cito textual: «Con gran sorpresa y asombro investigadores del Grupo de Estudios Ambientales (GEA) de la Universidad de Magallanes (UMAG) dieron a conocer las imágenes del inesperado hallazgo que realizaron en medio del proyecto Líneas de Base Públicas para las provincias de Magallanes y Tierra del Fuego. Una de sus cámaras trampa de monitoreo de fauna silvestre había registrado un fenómeno luminoso de características inusuales, hasta ahora sin precedentes en el contexto de una investigación científica en la región.

El registro se obtuvo en pleno verano de 2025, exactamente la madrugada del 21 de enero (12.22 am), a cincuenta y cuatro kilómetros al norte de Punta Arenas, momento en el que uno de los sesenta y cinco dispositivos desplegados entre la Patagonia continental y Tierra del Fuego que monitorea ecosistemas terrestres captó, en apenas dos segundos, tres fotografías que muestran intensas luces en movimiento descendente, descartándose por los especialistas que se tratara de fauna o fenómenos habituales.

Es justo el lugar donde Casandra Carver construyó su cabaña.

1 Sigla en inglés de la Red Mundial de Alerta y Respuesta ante Brotes Epidémicos.

2 Global Initiative on Sharing All Influenza Data. Un iniciativa internacional para compartir datos genómicos del virus de la gripe y del SARS-CoV-2.

3 Centers for Disease Control and Prevention (Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades).

4 Término médico de origen francés que se refiere a la evaluación y clasificación de los pacientes, según la gravedad de su condición y la necesidad de atención médica inmediata en situaciones de urgencia o desastre.

Título original: *El problema del fin del mundo*

Edición en formato digital: diciembre de 2025

© 2026, Rojas, Julio
© 2026, © 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. Av. Andrés Bello 2299, Oficina 801, Providencia, Santiago, Chile.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House /Portada Julio Valdes/
Diagramación Alexei Alekin/

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789566190684

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.penguinlibros.com

Índice

Cubierta
I. Reporte desde un hotel en el fin del mundo
Arca
II. El fin según Lucy
III. Hamelín
Epílogo
Nota del autor
Notas
Créditos